

# ¡ BUEN TRABAJO SIETE SECRETOS!

*Enid Blyton*



Lectulandia

¡Aquello era increíble! El Club de los Siete Secretos burlado por Sussy, la temible hermana de Jack. ¿Cómo se dejaron engañar tan fácilmente? Sin embargo, pronto tendrán otras cosas en las que pensar porque algo muy extraño está a punto de ocurrirles: mientras Peter y Janet esperan a su padre en el coche, dos hombres entran en él y lo ponen en marcha sin advertir la presencia de los chicos. ¿Qué pueden hacer nuestros amigos? Pues escuchar y observar con atención a los malhechores. Todos los miembros del Club tendrán mucho que investigar después. ¡Y os aseguro que lo hacen muy bien! Los Siete Secretos tienen un importante caso esta vez.

Lectulandia

Enid Blyton

# ¡Buen trabajo Siete Secretos!

Siete Secretos - 6

ePub r1.1

Titivillus 14.08.15

Título original: *Good work Secret Seven*  
Enid Blyton, 1954  
Traducción: Ana Balzola  
Ilustraciones: Bruno Kay

Editor digital: Titivillus  
ePub base r1.2

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

# GOOD WORK SECRET SEVEN!

by  
Enid Blyton

Illustrated by  
BRUNO KAY



BROCKHAMPTON PRESS

C. S. S. significa «CLUB SIETE SECRETOS».

Ésta es la sexta novela de Enid Blyton para la colección «SIETE SECRETOS».

Los títulos son:

*El Club de los Siete Secretos.*

*Una aventura de los Siete Secretos.*

*¡Bien por los Siete Secretos!*

*Los Siete Secretos sobre la pista.*

*Un misterio para los Siete Secretos.*

*¡Adelante, Siete Secretos!*

*¡Buen trabajo, Siete Secretos!*

*El triunfo de los Siete Secretos.*

*Tres «hurras» para los Siete Secretos.*

*Un rompecabezas para los Siete Secretos.*

*Los fuegos artificiales de los Siete Secretos.*

*Los formidables chicos del Club de los Siete.*

*Un susto para los Siete Secretos.*

*¡Cuidado Siete Secretos!*

*Los Siete Secretos se divierten*

Todos estos libros tienen por protagonistas a los siete mismos personajes y a su perro, *Scamper*, pero cada volumen constituye una aventura completa e independiente. Yo confío que éste os guste tanto como los demás.

*Enid Blyton*  
=

## Los siete secretos se reúnen

—¿Cuándo vais a tener la próxima reunión los siete secretos? —preguntó Sussy a su hermano Jack.

—Eso a ti no te importa —contestó Jack—. Tú no perteneces a nuestro club. Es más, no pertenecerás nunca.

—¿Y quién te ha dicho que quiero pertenecer? —exclamó Sussy en un tono de profunda sorpresa.

—Si quisiera formar parte de un club secreto, fundaría uno yo misma. Ya lo hice una vez y demostró ser mejor que el vuestro.

—¡Qué tontería! —exclamó Jack—. Nuestro Siete Secretos es el mejor club del mundo. Recuerda las cosas que hemos hecho y las aventuras que hemos corrido. Y estoy seguro de que no tardaremos en correr otra.

—Pues yo estoy segura de que no —dijo Sussy, que para ponerse pesada se pintaba sola—. Lleváis varias semanas reuniéndoos en el cobertizo de Janet y Peter, y no hay olor a misterio.

—¡No vayas a creer que los misterios y las aventuras crecen en los árboles! —dijo Jack—. Ocurren cuando menos se espera. De todas formas no pienso decir ni una palabra más del Siete Secretos. Si crees que me vas a sonsacar algo, Sussy, estás muy equivocada. Y haz el favor de salir de mi cuarto: ¡déjame leer en paz!

—Sé vuestra última contraseña —dijo Sussy desde la puerta.

—¡Tú qué has de saber! —gritó Jack, furioso—. Ni la he dicho ni la he apuntado en un papel para que no se me olvidara, como hice otras veces. ¡Eres una embustera, Sussy!

—¡Allá tú! Te lo he advertido para que elijáis una nueva contraseña —dijo Sussy, y se marchó.

Jack se quedó mirando la puerta. ¡Qué hermana tan cargante tenía! ¿Sería verdad que sabía la contraseña? ¡No! ¡Imposible!

Sussy no había mentido al decir que los siete secretos llevaban varias semanas reuniéndose sin dar con ningún misterio. Desde luego, los siete se habían divertido mucho y habían corrido aventuras emocionantes, pero por eso precisamente ahora les parecía aburrido charlar y jugar.

Jack consultó su agenda. ¿Cuándo se celebraba la próxima sesión? Al día siguiente por la noche, en el cobertizo de Peter. Sería una reunión muy divertida. Se había dicho a todos los miembros del club que cada cual se presentara con los cohetes y fuegos artificiales que hubiese podido comprar para la «Noche de las Hogueras», y sería estupendo contarlos y prepararlos.

«La Noche de las Hogueras» se celebraba a la semana siguiente. Jack se levantó y buscó en uno de sus cajones. Sí, allí estaban sus cohetes. Y entre ellos el gran petardo. Jack estaba seguro de que ningún otro miembro del Siete Secretos tenía un explosivo tan potente.

—Fzzzzz... Ssssss... ¡Bum! —exclamó mientras golpeaba el suelo con los pies.

—¿Qué es eso, Jack? ¿Qué te ha ocurrido? —preguntó una voz angustiada. Y la cabeza de su madre asomó por la puerta.



—No me ha pasado nada, mamá —repuso Jack—. Es que imitaba el ruido de un petardo.

—¿Un petardo?... ¡Pero, oye, Jack! ¡Qué desorden hay en tu habitación!

—Precisamente ahora iba a arreglarla. Oye. Mamá. ¿Me podrías dar algunas de esas galletas de chocolate que tienes en una caja? Mañana tenemos reunión los siete secretos.

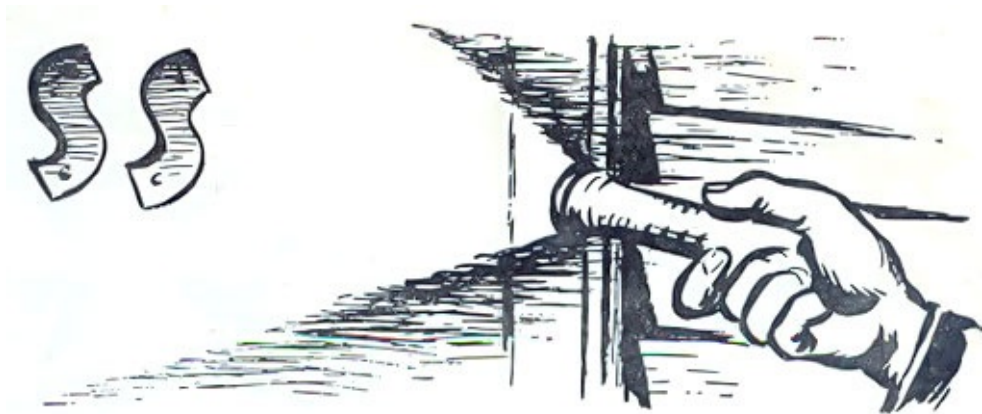
—Bien, puedes coger siete —dijo la buena señora.

—¡Son ocho! —gritó Jack cuando su madre ya había salido de la habitación—. ¡Necesito ocho! ¡Te has olvidado de Scamper!

—¡Vaya por Dios! ¡Dar galletas a un perro! ¡Bueno! —contestó la madre.

«Bien —se dijo Jack—. Todos tenemos que llevar alguna golosina a la reunión de mañana por la noche, y las galletas de chocolate son riquísimas... Y, ahora que me acuerdo, ¿cuál es la contraseña? ¿Guy Fawkes<sup>[1]</sup>? ¿No era ésta la contraseña de la vez anterior? No, no; es la de ahora. Guy Fawkes es una contraseña superior teniendo en cuenta que se acerca la “Noche de las Hogueras”. ¿Por qué habrá dicho Sussy que la sabe si no puede ser verdad?».





La reunión se había convocado para las cinco y media en el cobertizo de Peter, y todos los miembros del Siete Secretos pensaban acudir. Un poco antes de la hora indicada, cinco chicos cruzaban, uno tras otro, la puerta del jardín de Peter y se dirigieron al cobertizo donde se celebraban las reuniones.

La puerta estaba cerrada, pero brillaba una luz en el interior. En la puerta destacaban las letras C. S. S., colocadas por Peter. La luz era escasa, y cada vez que llegaba uno de los siete, una linterna iluminaba la puerta.

—¡Tam, tam!

—¡La contraseña! —Se oía decir a Peter en el interior.

—¡Guy Fawkes! —Iban contestando los miembros del club.

Pamela fue la primera. Después llegó Jack a toda prisa, temiendo haberse retrasado. Luego se presentó Jorge con una bolsa de manzanas sonrosadas. Seguidamente, Bárbara, preguntándose si la contraseña era «Guy Fawkes» o «Noche de Hogueras». ¡Qué conflicto!

Llamó a la puerta.

—¡La contraseña!

—Pues... «Noche de Hogueras».



La puerta permaneció cerrada. Reinaba un absoluto silencio. Bárbara dejó escapar una risita.

—¿Creéis que no lo sé? Pues es... ¡Guy Fawkes!

La puerta se abrió y Bárbara entró en el cobertizo. Todos estaban allí menos Colín.

—Ya es más de la hora —dijo Peter—. ¡Qué pesado es ese Colín! ¡Vaya banquete que nos vamos a dar esta noche!

En el cobertizo reinaba un calorcillo agradable y el ambiente era acogedor. Estaba iluminado por dos velas y en el fondo había una pequeña estufa de petróleo. Sobre un cajón, que hacía las veces de mesa, estaban extendidos los manjares aportados por los socios.

—Manzanas, bollos de jengibre, buñuelos rellenos, rosquillas de menta... ¿Qué hay en este paquete? ¡Ah, sí! Avellanas de tu jardín, Pamela. ¡Y te has acordado hasta de traer un cascanueces!... ¡Bien! ¡Yo he traído naranjada! ¡Vaya banquetazo!

—¡A ver si Colín llega de una vez! —dijo Janet—. ¡Ah! ¡Ya está aquí!

Se oyó un ruido de pasos presurosos y alguien llamó a la puerta. «¡Tam, tam!».

—¡La contraseña! —Gritaron todos.

—¡Guy Fawkes!, contestó una voz, y Peter abrió la puerta.

¡Lo increíble! Fuera estaba Sussy, con su cara burlona y su sonrisa descarada. ¡La insoportable Sussy!

## ¡La terrible Sussy!

¡Sussy! —gritó Jack, levantándose de un salto—. ¿Cómo te atreves? ¡Di, di!

Había cogido a su hermana por los brazos, y ella le contestó riéndose en sus narices.

—No os pongáis así. Sólo quería dar un susto a los poderosos y distinguidos miembros del C. S. S. ¿Veis como sabía la contraseña?

—¿Cómo demonios te has enterado? —preguntó Peter—. Suéltala, Jack. Arreglaremos esto en seguida. ¿Cómo sabías la contraseña, di?

—Se la oí decir a Jack.

Ante la inesperada respuesta, todos miraron al pobre Jack, que se puso rojo como la grana.

—¡Eres una malvada y una chismosa! —dijo a Sussy—. ¡Yo no te he dicho la contraseña! ¡Ni siquiera la apunté por temor a que encontrases el papel! Tú te has enterado porque te has escondido en los matorrales que hay cerca de aquí y nos la has oído decir cuando llegábamos.

—Si lo hubiera hecho, Scamper habría ladrado —dijo Sussy, y tenía razón—. La verdad es, Jack, que te lo oí decir a ti anoche. Hablabas en sueños y no cesabas de gritar: «¡Guy Fawkes! ¡Dejadme entrar! ¡Guy Fawkes!». Y me figuré que soñabas que querías entrar en la reunión y decías la contraseña.

Jack gruñó.

—Es verdad que hablo en sueños, pero ¿cómo podía imaginarme que diría la contraseña? De ahora en adelante cerraré la puerta de mi cuarto. Lo siento, Peter. ¿Qué te parece que le hagamos? Debemos castigarla por meterse en nuestras reuniones secretas.

—Como no tenemos nada importante que discutir, la haremos sentar en aquel rincón y nosotros merendaremos sin darle nada a ella —dijo Peter enérgico—. Estoy harto de que Sussy esté siempre entrometiéndose en nuestros asuntos. Pamela y Bárbara, sentaos allí.

Todos estaban tan enojados con Sussy, que ella empezó a sentirse molesta.

—¡Si sólo ha sido una broma! —dijo—. De todos modos, vuestras reuniones son una bobada. No hacéis más que reuniros y reuniros y no pasa nada. Dejadme salir.

—Bueno, ¿nos das tu palabra de honor de que no volverás a engañarnos ni a meterte en nuestras reuniones? —dijo Peter, muy serio.

—No, no prometo nada —repuso Sussy—. Y no me quedaré sentada en ese rincón ni me estaré callada. Me tenéis que dejar salir.

—De ningún modo —replicó Peter—. Ya que has querido entrar, bien puedes estarte ahí quietecita y ver como merendamos.



Paró de hablar repentinamente al oír una respiración jadeante, y el ruido de pisadas que bajaban corriendo por el camino del jardín. —Es Colín— dijo Janet.

Se oyeron fuertes golpes en la puerta y gritar la contraseña.

—¡Guy Fawkes! ¡Abrid! ¡Pronto!

Abrieron la puerta y Colín entró, parpadeando ante la repentina claridad que contrastaba con la oscuridad de fuera.

—¡He tenido una aventura! Tal vez sea una buena cosa para el club. Escuchad...

—Espera. Primero se ha de ir Sussy —dijo Peter.

Colín se quedó boquiabierto al ver allí a Sussy. Ella lanzó una risita burlona y Jack la volvió a reñir.

—Pero ¿qué hace aquí? —preguntó Colín, que no salía de su asombro.

Se echó a Sussy sin contemplaciones y se cerró la puerta con llave. Scamper, el dorado «spaniel» de Peter y de Janet, ladró furiosamente. No le había gustado nada que Sussy estuviera en el cobertizo: sabía que no era miembro del club.

—Luego te contaré lo de Sussy —dijo Peter—. Ahora, Colín, habla tú. ¿Qué te ha pasado? ¿Por qué has llegado tarde? Por lo que más queráis, hablad bajo. Seguro que Sussy está escuchando detrás de la puerta.

—Voy a ver —dijo Jack, levantándose.

Pero Peter le hizo sentar.

—¡Siéntate! ¿No comprendes precisamente que lo que le gustaría a Sussy sería que la persiguiéramos por el jardín, en medio de la oscuridad, para aguarnos la fiesta? Dejadla que escuche si quiere. No podrá oír nada si hablamos en voz baja. ¡Calla, Scamper! No podremos oír nada si ladras de ese modo. ¿No puedes ladrar más bajo?

Scamper no podía. Dejó de ladrar y se echó en el suelo, enfurruñado, dando la espalda a Peter. Pero se volvió en seguida cuando Colín empezó a contar su aventura.

—Venía a la reunión, con la linterna encendida, cuando, al llegar a la esquina del paseo de las Hayas, oí rumores entre los árboles que, como sabéis, están allí muy amontonados. Se oían murmullos, como he dicho, y de pronto... un ¡gemido!

—¡Oh! —exclamó Janet, sobrecogida.



—Alguien cayó pesadamente al suelo. Alumbré la espesura, pero alguien me dio un empujón y la linterna se me cayó de las manos. Entonces oí ruido de pasos que huían corriendo. Recogí la linterna, que seguía encendida, y cuando volví a dirigir la luz a los árboles, ya no vi a nadie.



—¡Eres un valiente! —exclamó Peter—. ¡Mirar entre los árboles después de lo ocurrido! ¿Qué crees que había pasado?

—No sé... Tal vez una riña —dijo Colín—. Bueno, pero esto no es todo. Mirad lo que he encontrado entre los árboles.

Los siete secretos estaban tan excitados, que se olvidaron de hablar en voz baja. Ninguno de ellos se acordaba de que Sussy podía estar escuchando. Scamper lanzó un gruñido de advertencia, pero nadie le hizo caso.

Colín mostraba a sus amigos una vieja y estropeada agenda, rodeada por una

goma.

—He echado una ojeada a las anotaciones —dijo—. Quizá sean importantes. Muchas están en clave; otras no tienen sentido...

Todos examinaron las notas. Empezaban a sentirse nerviosos. Peter las hojeó y encontró en una de las páginas una lista de objetos.

—¡Mirad! Aquí hay algo que podría ser una lista de objetos robados. Escuchad... Candelabros de plata de tres brazos, una tabaquera con las iniciales A.G.B., cuatro vasos de plata repujada...

Jack se levantó de un salto.

—¡Ya sé lo que es eso! Mi padre leyó esa lista esta mañana durante el desayuno. Venía en el periódico. Son las cosas robadas la noche pasada a Bedwall, el famoso jugador de «*cricket*». ¿No crees, Peter, que estamos sobre la pista de algo importante?

## Planes emocionantes

Los siete secretos estaban tan entusiasmados, que su excitación se contagió a Scamper, el cual empezó a ladrar de nuevo. No pudo remediarlo al oír que hablaban todos a la vez.

Movía su peluda cola y golpeaba con la pata a Peter, que no se daba cuenta de ello.

—Esta agenda la llevaba un ladrón: seguro. Y esta lista es de objetos robados por él.

—¿Qué más dice ahí? Me gustaría entender todo este galimatías escrito en clave. Mirad. Aquí hay una anotación garabateada que cruza toda una página. ¿Podéis leer alguno de vosotros?

Peter estuvo mirando la nota un momento y dijo:

—La banda se reúne en el viejo cobertizo para obreros que hay en la parte trasera del garaje de Lane. Cinco de la tarde. Miércoles. ¡Atiza! El miércoles es mañana. Os aseguro que tenemos aventura a la vista.

Todos empezaron a hablar a la vez y precipitadamente, y Scamper consideró que había llegado el momento de comerse una galleta de chocolate y un bollo de jengibre. Antes de hacerlo corrió a la puerta y husmeó.

Sí. Allí estaba Sussy: Scamper la olía. Gruñó un poco, pero como nadie le hacía caso y no quería ladrar por temor a que le riñeran, se dirigió a la mesa de los manjares.

—¿Qué os parece que hagamos? ¿Decírselo a la policía? —preguntó Colín, que se sentía orgulloso de haber traído a la reunión noticias tan sensacionales.

—No. ¿Sabéis lo que haremos? —dijo Peter—. Mañana por la noche iremos a investigar al viejo cobertizo, y tan pronto como veamos que se reúne la banda, uno de nosotros irá corriendo a la jefatura de policía, mientras los otros se quedan de guardia en el cobertizo.

Todos opinaron que aquello estaba muy bien: que era a la vez prudente y emocionante. Pamela lanzó un profundo suspiro.

—La emoción me ha despertado el apetito. ¿No podríamos empezar a comer? ¡Mirad! Scamper se ha anticipado. ¡El muy ladrón!

—¡Scamper! ¿Es posible que te hayas puesto a comer sin permiso? —le reprendió Peter, extrañado—. ¡Vete a un rincón!

—Sólo ha cogido una galleta de chocolate y un bollo de jengibre —dijo Jack, haciendo un rápido recuento—. Debían de haber ocho bollos y ocho galletas, y sólo quedan siete. Así es que, en realidad, sólo se ha comido su parte, lo que hemos traído para él.

—Bueno, pero no debía haber empezado antes que nosotros —dijo Peter—. Ha de tener más educación. ¡Scamper, al rincón!

El pobre Scamper se retiró a un ángulo del cobertizo, lamiéndose el hocico para

recoger los restos de galleta de chocolate. Estaba tan triste y cabizbajo que todos se compadecieron de él.

Los fuegos artificiales reunidos por los siete habían quedado en el olvido. El petardo de Jack estaba en lo alto del montón, pero su dueño no pensaba en él. Lo que Colín había referido era demasiado emocionante para que los miembros del club se acordaran de los cohetes. Los siete preparaban sus planes mientras comían.

—¡Nos hemos olvidado de Sussy! —dijo Peter de pronto—. Hemos hablado de nuestros planes a voz en grito. ¡Buena la hemos hecho! Scamper, ve a ver si Sussy está en la puerta.

Scamper, obedientemente, corrió a la puerta y olisqueó. No, Sussy ya no estaba allí. Volvió al lado de Peter, se sentó y apoyó su bonita cabeza dorada en las rodillas del muchacho, en espera de unas palmadas de perdón.

—Comprendido: Sussy no está allí. Si hubiera estado, habrías gruñido, ¿verdad, Scamper? —dijo Peter, acariciando la sedosa cabeza y las largas orejas del perro— Sussy se quedará boquiabierta cuando termine nuestra aventura y ella se entere de todo. Lo tendrá bien merecido por reírse de nosotros y no dejarnos tranquilos cuando nos reunimos los siete.

Decidieron que los siete irían al día siguiente por la tarde, después del té, al garaje de Lane. Colín conocía a Larry, un chico que trabajaba allí. Les sería fácil ponerse a hablar con él y a admirar los coches hasta que llegara el momento de echar un vistazo al cobertizo de detrás del garaje.





¿Qué ocurriría después? Al pensar en ello, Peter sintió que un escalofrío de emoción corría a lo largo de su espalda.

«¡Los siete secretos están de nuevo en acción! —pensó—. ¡Esto es magnífico después de tantas semanas de aburrimiento, de tantos días sin que pasara nada!».

Se les hizo muy largo el tiempo hasta el día siguiente por la tarde. Todos los compañeros de los miembros del club se daban cuenta de que tenían algo entre manos. Los siete llevaban puestas las insignias y no cesaban de cuchichear; se daban mucha importancia y estaban muy serios.

Sussy se puso tan cargante como de costumbre. No dejaba de observar a Pamela y Bárbara cuando estaban en clase ni de obsequiarlas con risitas burlonas. Cada vez que pasaba junto a ellas les murmuraba al oído:

—¡Guy Fawkes! ¡Guy Fawkes!

Esto resultaba bastante molesto porque «Guy Fawkes» seguía siendo la contraseña de los siete secretos. El día anterior habían estado demasiado aturdidos por las novedades y demasiado absortos en la elaboración de sus planes para pensar en cambiarla. Y Sussy la sabía. Tenían que buscar otra tan pronto como les fuera posible.

A las cuatro los siete corrieron a sus casas a tomar el té, para poder ir al garaje cuanto antes. A los cinco se encontrarían allí con Colín.

Sus respectivas madres se asombraron al ver lo de prisa que sus hijos engullían la

merienda, pero, afortunadamente, a ninguno le hicieron quedarse en casa. Uno por uno se encaminaron al garaje. No llevaron a Scamper, por temor a que se le ocurriese ladrar en el momento crítico.

Todos estuvieron a las cinco y cuarto en el garaje. ¡Sólo faltaba un cuarto de hora! ¿Dónde estaba el chico del garaje? Tenían que charlar un rato con él y luego deslizarse al cobertizo de la parte trasera. ¡Qué emoción!

## Una horrible sorpresa

Colín buscaba a Larry, el chico que trabajaba en el garaje y al que él conocía. ¡Ah! Allí estaba, en aquel rincón, lavando un coche. Colín fue hacia él, seguido de sus seis compañeros.

—Hola —dijo el chico del garaje, sonriendo. Tenía el pelo rubio y enmarañado, la cara sucia y los ojos chispeantes—. ¿Venís a ayudarme?

—Ojalá nos dejaran —dijo Colín—. Me entusiasman los coches. Oye, Larry, ¿podríamos ir a echar un vistazo por todo el garaje?

—Sí; pero no abráis las portezuelas —dijo el chico, salpicando el suelo muy cerca de los pies de Colín.

Los siete se dividieron y se acercaron a los automóviles que estaban cerca de la entrada y de los ventanales. Así podían ver a todos los que pasaban por la calle y entre ellos podían estar los elementos de la banda.

—¡Mira! Ése debe de ser de la banda —susurró Bárbara, cogiendo a Jack del brazo y zarandeándole nerviosamente.

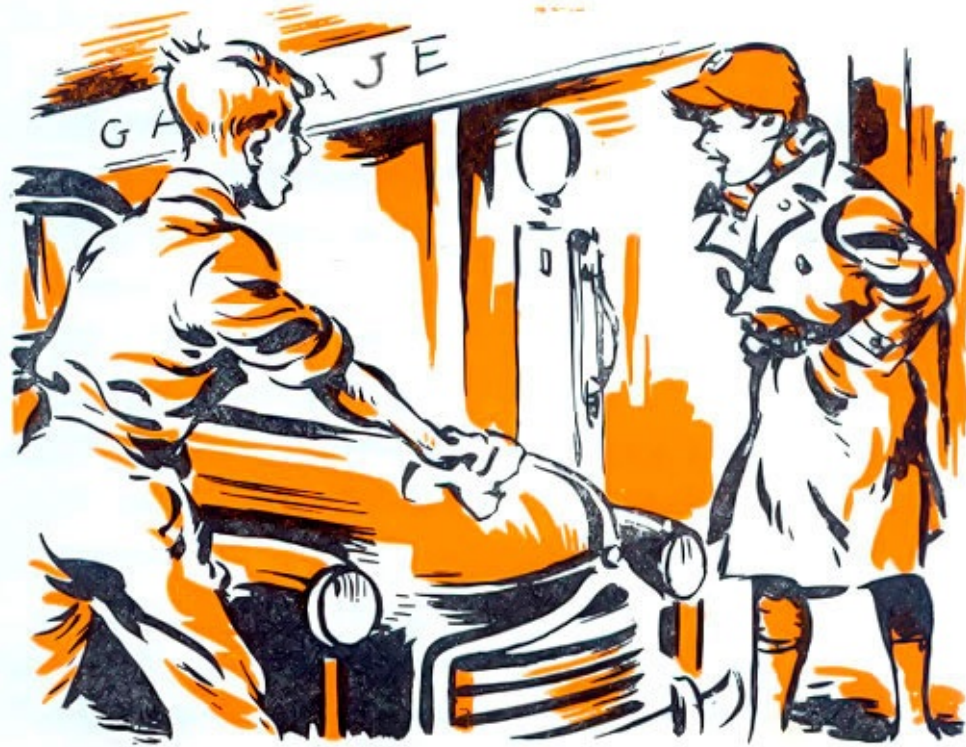
Jack miró al hombre que había llamado la atención a Bárbara.

—¡Qué burra eres! —exclamó—. ¡Si ése es el director de mi colegio! ¡Menos mal que no te ha oído! Verdad es que tiene un aspecto de hombre amargado.

—Son las cinco y media menos cinco —dijo Jorge en voz baja—. Lo mejor será que nos vayamos ya al cobertizo, Peter.

—No, no nos conviene estar allí cuando lleguen los de la banda. ¿Habéis visto a alguien sospechoso por ahí?

—Pues no —dijo Jorge—. Sólo hemos visto personas corrientes. Claro que los de la banda pueden parecer también gente pacífica. ¡Uf, qué nervioso me estoy poniendo!



Poco después, cuando el reloj del garaje señaló las cinco y media y un minuto, Peter dio la señal. Todos se despidieron del chico del garaje, que les gastó la broma de dirigir a sus pies el chorro de la manguera mientras salían.

—¡El muy borrico! —exclamó Jack—. ¡Hay que ver cómo me ha puesto los calcetines! ¿Vamos por esta travesía, Peter?

—Sí, yo iré delante, y si el camino está libre os silbaré por lo bajo —dijo Peter.

Se introdujo en la oscura calleja. Llevaba la linterna en la mano, pero apagada. Llegó al patio de detrás del garaje, donde estaba el cobertizo de los obreros.

Se detuvo entusiasmado. ¡Había luz en él! Por lo visto, la banda estaba dentro. Si consiguieran atraparlos a todos a la vez...

Peter lanzó un débil silbido, y los demás entraron en el callejón y se acercaron a él. Como llevaban zapatos de suela de goma, no hacían el menor ruido. Sus corazones latían con violencia. El de Bárbara se había desbocado de tal modo, que le cortaba la respiración. Todos fijaron la vista en el cobertizo, que dejaba escapar una luz tenue por su pequeña ventana.

—Tienen que estar ahí —susurró Jack—. Acerquémonos a gatas. Intentaremos mirar por la ventana.

Se acercaron al cobertizo sin hacer ruido. La ventana estaba muy alta y Peter tuvo que poner varios ladrillos uno sobre otro para poder asomarse por ella.

Luego bajó de su observatorio y dijo en voz baja a sus compañeros:

—Están ahí. No he podido verlos, pero los he oído. ¿Llamamos ya a la policía o qué hacemos?

—Yo —dijo Jack— me aseguraría antes de que no son simples obreros los que están ahí reunidos. Podrían estar merendando o algo así. Los obreros se reúnen con

frecuencia y ese cobertizo es muy adecuado para conferenciar: tiene un aspecto muy acogedor.

—¿Qué hacemos, entonces? —dijo Peter—. No podemos llamar a la puerta y preguntar: «¿Son ustedes obreros o una banda de ladrones?».

En esto, una fuerte explosión salió del cobertizo. Los siete dieron un salto. Bárbara clavó las uñas en el brazo de Jorge, haciéndole saltar de nuevo.

—¿Ha sido un disparo? —preguntó.

—¡No me claves las uñas! —murmuró Jack, furioso—. Me ha faltado poco para gritar. ¿Cómo voy a saber si ha sido o no un disparo?

Se oyó un fuerte estallido y los siete se volvieron a estremecer. Peter se preguntaba con vivo interés qué ocurriría en aquel cobertizo. De pronto se fijó en el agujero de la cerradura. Quizá podría ver el interior si mirase por aquel orificio.

Se agachó, miró por el ojo de la cerradura y pudo ver perfectamente el interior del cobertizo que estaba iluminado por una vela.

Lo que vio le produjo tal asombro, que no pudo contener una exclamación. Aquello era increíble, ¡increíble!

—¿Qué hay ahí? —gritó Pamela, olvidándose de hablar en voz baja—. ¿Andan a tiros? ¡Déjame ver!

Apartó a Peter de su puesto de observación, aplicó un ojo en la cerradura y... también ella lanzó un grito. Después, ante el asombro de los demás, exceptuando a Peter, empezó a dar puntapiés a la puerta mientras gritaba:

—¡Es Sussy! ¡Sussy y sus amigos! ¡Hay que ver cómo se ríe! Las detonaciones las hacen con bolsas de papel. Se han burlado de nosotros. ¡Es Sussy!

Así era. Sussy, Jim, Doris y Ronny se desternillaban de risa. ¡Cómo habían hecho caer en la trampa a los siete secretos!

## Una victoria de Sussy

Los siete secretos estaban tan furiosos que no sabían qué hacer. ¡Habían sido Sussy y sus amigos los que habían planeado todo aquello! La noche anterior, mientras Sussy decía con todo descaro la contraseña y entraba en el cobertizo, sus amigos simulaban aquella riña entre los árboles para hacer creer a Colín que sucedía algo grave.

—¡Me la dieron con queso! —gruñó Colín—. Creí a pies juntillas en la pelea y sentí una gran alegría cuando se marcharon y encontré la agenda. Claro que en la oscuridad no pude ver si eran hombres o niños.

—Ahora se comprende —dijo Janet— que Sussy no hiciera más que reírse mientras estaba en el cobertizo, sobre todo cuando llegó Colín y nos contó su aventura. ¡Qué chica tan desesperante!

—Es la peor hermana del mundo —se lamentó Jack—. Ella fue la que escribió la lista de objetos robados en la agenda. ¡Como es natural, también había oído a mi padre leerla mientras tomábamos el desayuno! ¡No sé lo que le haría!



Jorge golpeó la puerta del cobertizo, que estaba cerrada por dentro. Del interior salían risas y gritos de júbilo. Sobre todo se oían las carcajadas de Jim y Doris, que jadeaban apretándose los costados. ¡Pensar que habían hecho ir a los presumidos del Siete Secretos a aquel cobertizo sólo para verles a ellos! ¡Era para morirse de risa!

—¡Ya verás cuando salgas, Sussy! —gritó Jack—. ¡Te tiraré del pelo hasta que te quedes ronca de tanto gritar! ¡Estoy avergonzado de tener una hermana como tú!

Se oyeron nuevas risas y las atronadoras carcajadas de Jim. ¡Era para volverse loco!

—Nosotros somos siete y vosotros sólo cuatro —gritó Colín, amenazador—. Y os esperaremos aquí hasta que salgáis. ¿Lo oís? No habíais pensado en eso, ¿verdad?

—Lo hemos pensado todo —dijo Sussy—. Tenemos una bonita historia para contarla en el colegio. ¡Cómo se reirán nuestros compañeros cuando sepan que los siete secretos han picado el anzuelo al ver una agenda! ¡Tanta importancia como se dan, y toman a cuatro niños reunidos en un cobertizo por una banda de gángsters! Y creen que andan a tiros entre ellos cuando lo que hacen es reventar bolsas de papel.

Dicho esto, Sussy y sus amigos reventaron varias bolsas más entre grandes carcajadas. Los siete secretos se sentían cada vez más avergonzados.

—¿Sabéis lo que estoy pensando? —dijo Colín—. Que Sussy nos va a poner en ridículo ante todos los chicos que nos conocen. No vamos a poder levantar la cabeza en mucho tiempo. Tendremos que dejarles salir sin hacerles nada. —¡No!— exclamaron Peter y Jack. —Sí— dijo Colín. —Tenemos que hacer un trato con ellos, y Sussy lo sabe. Hemos de dejarles salir a cambio de que ellos no cuenten nada de esto. No tenemos otra solución. No quiero ver a los críos de la primera clase reventándose de risa y haciendo truenos con bolsas de papel cada vez que nos vean. Porque lo harían: los conozco.

Colín tenía razón. Estaban a merced de Sussy. No podían permitir que nadie se riera del club de los Siete Secretos, del que estaban tan justamente orgullosos y al que consideraban el mejor del mundo.

Peter lanzó un suspiro. Sussy era la misma peste. De algún modo le harían pagar aquella broma pesada e indigna, pero por el momento ella había ganado.

—¡Sussy, has ganado esta vez! —dijo Peter—. Podéis salir. Ni siquiera os daremos un tirón de pelo si prometéis solemnemente no decir una sola palabra de esta broma en el colegio.

—¡De acuerdo! —dijo Sussy, triunfante—. Sabía que nos haríais esta proposición. ¡Qué deshonra para vosotros! ¡Vaya un club secreto! Os reunís solemnemente todas las semanas, pero no hacéis nada de provecho. Bueno, vamos a salir. Espero que cumpláis vuestra palabra.

Descorrieron el cerrojo y la puerta se abrió. Salieron los cuatro riéndose y haciendo muecas. Pasaron con orgullo entre los siete secretos, ufanándose de su triunfo. Jack se moría de ganas de tirar del pelo a Sussy, pero se contuvo y no sacó las manos de los bolsillos.

—Adiós y gracias por haber venido para servirnos de diversión —dijo la temible Sussy—. Cuando necesitéis otra aventura nos lo decís y en seguida os la prepararemos. ¡Hasta luego, Jack!

Se marcharon por el callejón sin dejar de reír. Los siete secretos se sentían profundamente humillados mientras, desde el oscuro patio, oían alejarse a sus rivales por el callejón.

—No tenemos más remedio que encontrar una aventura emocionante lo antes posible —dijo Colín—. Sólo así conseguiremos que Sussy y los demás dejen de

burlarse de nosotros.

—¡Si la encontráramos! —dijo Peter—. Pero cuanto más buscas una aventura, más lejos parece estar. ¡Esa estúpida de Sussy! ¡Vaya tardecita que nos ha dado!



Pero esto no fue todo. De pronto, se encendió una linterna no lejos de allí, y una voz dijo:

—¿Qué hacéis aquí? ¡Hala! ¡A casa en seguida o voy a hablar con vuestros padres!

Era un policía. ¡Pensar que habían sido tratados por un agente de la autoridad como si fueran una banda de malhechores! ¡Ellos que habían tenido la esperanza de avisar a aquel mismo policía para la captura de una banda de gánsters en aquel cobertizo!... ¡Qué pena!

Los siete salieron del patio cabizbajos y silenciosos y echaron a andar por el callejón. Casi ni se dieron las buenas noches al separarse. ¡Lo que darían por encontrar una aventura que les permitiera volver a sentirse personas importantes y llenara sus días de grandes emociones!

Paciencia, siete secretos. Quizá haya una aventura a la vuelta de la esquina. De donde menos se espera...



## Una aventura imprevista

Al día siguiente Peter y Janet no cesaron de hablar del ingenioso ardid de Sussy. ¿Cómo se habían podido dejar engañar tan fácilmente? Scamper escuchaba tristemente sus voces apesadumbradas, e iba del uno al otro moviendo la cola.

—Quiere darnos a entender que lo siente mucho dijo Janet, sonriendo. —¡Oh, Scamper! Si te hubiéramos llevado con nosotros, seguro que te hubieras dado cuenta de que Sussy y sus estúpidos amigos estaban en aquel cobertizo, y habrías encontrado el modo de hacérselo comprender.

Scamper dejó escapar un lamento. Después se echó boca arriba y empezó a mover las patas vivamente, como si estuviera pedaleando en una bicicleta vuelta del revés. Scamper hacía esto cuando quería divertir a los niños. Janet y Peter se echaron a reír y le acariciaron. ¡Ah, simpático Scamper!

En este momento la madre de Peter y Janet asomó la cabeza por la puerta.

—No os olvidéis de que esta tarde tenéis que ir a tomar el té a casa de la señora Penton.

—Mi «bici» tiene un pinchazo, mamá —dijo Janet—, y esa casa está demasiado lejos para ir a pie ¿Es preciso que vaya?

—Como esta tarde papá tiene que sacar el coche, os podrá llevar y luego recoger —dijo la madre.

—Irás a recogeros a las seis. No le hagáis esperar. Aquella tarde el coche, con papá al volante, esperó a Janet ante el colegio de las niñas. Luego fueron a buscar a Peter, y finalmente a casa de la señora Penton. Esta señora había sido aya de la madre de los niños, y les quería mucho.

Al ver la magnífica merienda que les había preparado la señora Penton, se les olvidó el disgusto que les había dado Sussy.

—¡Oh! ¡Bollos rellenos de crema! ¿Dónde los has comprado? —dijo Janet—. Y buñuelos de chocolate... ¿Le gustaban a mamá cuando era pequeña?

—Sí. Una vez comió demasiados y tuve que pasarme la noche en vela —repuso la señora Penton.

—Era muy traviesa. Aquel día se puso mala por no hacerme caso. Era un demonio. ¡Qué noche me dio!

A Peter y Janet les pareció imposible que su madre hubiera sido traviesa y hubiese comido demasiados bollos y buñuelos de chocolate. Sin embargo, Janet, al ver la crema que rebosaba de los bollos, reconoció que no era difícil comerse una docena de ellos. Y sintió gran simpatía por aquella niña que se había hecho mayor y era su madre.

Después de merendar jugaron con la gran caja de música y estuvieron mirando un álbum en el que había unas fotos antiguas muy graciosas. De pronto, el reloj dio las seis.

—¡Papá dijo que teníamos que estar preparados a las seis! —exclamó Peter

levantándose de un salto—. ¡Date prisa, Janet! Muchas gracias, señora Penton. Ha sido una merienda pistonuda.

¡Buuuu Buuuuu! Papá los llamaba haciendo sonar la bocina. La señora Penton les dio un beso a cada uno.

—¡Muchas gracias! —dijo Janet—. ¡Lo he pasado estupendo!

Salieron corriendo por el camino y subieron a la parte trasera del coche. Había oscurecido ya, y los faros del automóvil proyectaban anchos haces de luz sobre la carretera.

—Habéis sido buenos chicos —dijo el padre—. Sólo he tenido que esperar medio minuto.



Arrancó y pisó el acelerador. El coche se deslizó suavemente por la carretera.

—Tengo que ir un momento a la estación a buscar unos paquetes —dijo papá—. Dejaré el coche en el patio de la estación. Vosotros no bajaréis. No tardaré ni un minuto.

Llegaron a la estación. El padre aparcó el coche en un extremo del patio de la estación. Bajó de un salto y desapareció por la gran puerta iluminada.

Peter y Janet se recostaron en el asiento. Empezaban a notar que habían comido demasiado. Janet tenía un poco de sueño y cerró los ojos. Peter empezó a pensar en la noche anterior y en la broma de la avispa Sussy.

De pronto, oyó pasos presurosos y supuso que era su padre que volvía. Una de las portezuelas de la parte delantera del coche se abrió y subió un hombre. Después se abrió la portezuela del lado opuesto, y otro hombre se sentó frente al volante.



Peter creyó que su padre se había traído un amigo para llevarle a su casa y se preguntó quién sería. El patio de la estación estaba muy oscuro y Peter no podía verle la cara. Se encendieron los focos y el coche se puso en marcha rápidamente.

Al pasar el auto junto a un farol, Peter se estremeció de pies a cabeza. ¡El que conducía el coche no era su padre! Era un desconocido que llevaba el ala del sombrero echada sobre la cara y un pelo tan largo que le llegaba hasta el cuello del abrigo. El padre de Peter nunca había llevado el pelo largo. ¿Quién diablos sería aquel hombre?

El chico permanecía inmóvil. Cuando pasaron de nuevo junto a un farol, miró al otro hombre. ¡Tampoco éste era su padre! Era un hombre al que no había visto en su vida. No llevaba sombrero, y su pelo, al contrario que el de su compañero, era muy corto.

Peter sintió que se le oprimía el corazón. ¿Quiénes serían aquellos hombres? ¿Pretendían robar el coche de su padre? ¿Qué podría hacer él?

Janet se estiró un poco. Peter se inclinó sobre ella y le aplicó los labios al oído.

—Janet —susurró—. ¿Estás despierta? Escúchame. Creo que dos hombres han robado el coche de papá y no saben que nosotros estamos aquí. Déjate caer poco a poco hasta el fondo del coche: así, si miran hacia atrás, no nos verán. ¡Pronto, pronto!

## Algo para investigar

Janet estaba ya despierta y muy despierta. Miró asustada las cabezas de los dos hombres al pasar junto a un farol, y se dejó caer al suelo del coche. Empezó a temblar.

Peter se deslizó junto a ella.

—No te asustes. Yo te protegeré. Mientras esos hombres no sepan que estamos aquí, no tenemos nada que temer.

—Pero ¿adónde nos llevarán? —susurró Janet, celebrando que el ruido del motor ahogara su voz.

—No tengo la menor idea. Han ido por la calle principal y ahora estamos en una parte del pueblo que no conozco. ¡Cuidado! Van a detenerse. No te muevas de aquí, Janet, y no hagas ruido.

El conductor detuvo el coche y miró por la ventanilla.

—No se ve un alma. Ponte inmediatamente en contacto con L 8061. Dile que vaya cualquier tarde a las cinco a casa de Sid. Allí me encontrará.

—De acuerdo —dijo el otro, abriendo la portezuela cautelosamente. Pero en seguida la volvió a cerrar y agachó la cabeza.

—¿Qué pasa? ¿Viene alguien? —preguntó el que conducía.

—No. Es que me parece que se me ha caído algo dijo el otro con voz apagada.

Empezó a tantear el suelo.

—Estoy seguro de que he oído caer algo.

—¡Anda, hombre! Vete ahora que está el camino libre —dijo el conductor, impaciente—. Dentro de unos minutos la policía empezará a buscar este coche. Me voy a casa de Sid. Y no sé nada de ti, ¿me entiendes? ¡Ni una palabra!

Su compañero murmuró algo, volvió a abrir la portezuela y bajó a la calzada sumida en la oscuridad. El conductor salió por la otra portezuela. Las dos quedaron abiertas. Los desconocidos no las habían cerrado para no hacer ruido: no querían llamar la atención.

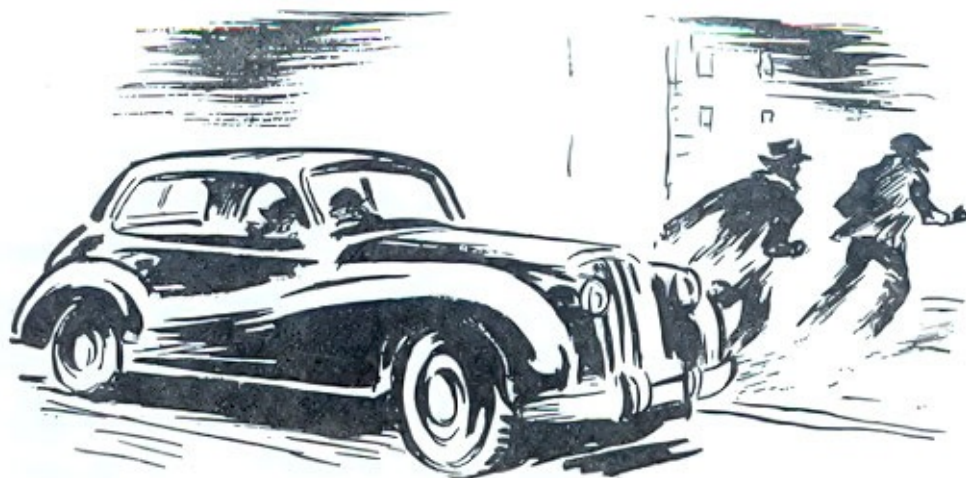
Peter se incorporó cautelosamente. No quedaba ni rastro de los misteriosos individuos. La oscuridad se los había tragado. En aquella calle los faroles eran escasos y estaban muy distanciados unos de otros. Además, el conductor había parado en el lugar más oscuro de la calle. Había apagado los faros apenas se detuvo, pero Peter se inclinó sobre los asientos delanteros y los encendió. No quería que otro coche tuviera un encontronazo con el de su padre. Le habría gustado poder llevarse el auto, pero no sabía conducir. Pero, aunque hubiera sabido, era demasiado joven para tener licencia. ¿Qué podría hacer?

Janet se levantó también, temblando todavía. —¿Dónde estamos? ¿Ya se han ido esos dos hombres?

—Sí, y no te preocupes, pues no creo que vuelvan —dijo Peter—. Me pregunto quiénes serán y por qué habrán querido venir en coche. Hablando de otra cosa,

anoche suspirábamos por una aventura y he aquí que se nos ha presentado una cuando menos lo esperábamos.

—Te advierto que a mí no me hacen ninguna gracia las aventuras en plena oscuridad —dijo Janet—. ¿Qué hacemos?



—Tenemos que comunicar con papá —dijo Peter—. Debe de estar todavía en la estación. No puede haberse ido ya a casa, pues sólo hace unos minutos que hemos salido de allí. Hay que buscar una cabina telefónica y telefonar a la estación para ver si hablamos con papá.

—No quiero quedarme en el coche sola, te lo advierto —dijo Janet inmediatamente—. ¡Oh! No sé lo que daría por que Scamper estuviera con nosotros. Estaría más tranquila.



—Si Scamper hubiera estado con nosotros, esos hombres no hubieran cogido el coche —dijo Peter mientras bajaba—. Se habría puesto a ladrar como un condenado y ellos hubieran tenido que coger otro coche. Vamos, Janet; baja. Cerraré las puertas con llave, no sea cosa que alguien más se encapriche del coche de papá.

Las cerró mientras Janet le alumbraba con la linterna. Luego se fueron los dos calle abajo en busca de una cabina telefónica.

Tuvieron suerte. Había una en la esquina de la calle. Peter entró, introdujo una moneda y marcó el número de la estación.

—Aquí la estación —contestó una voz en el otro extremo del hilo.

—Aquí Peter, de la casa vieja del molino. ¿Sabe si está todavía ahí mi padre?

—Sí —dijo la voz—. En este preciso momento está recogiendo unos paquetes. ¿Quieres hablar con él? Bien, ahora mismo le llamo.

Medio minuto después, Peter oyó la voz de su padre.

—¿Con quién hablo? ¿Tú, Peter? ¿Por qué has dejado el coche? ¿Dónde estás?

Peter lo explicó todo tan claramente como pudo y su padre lo escuchó asombrado.

—¿De modo que dos ladrones de coches han cogido el mío sin darse cuenta de que vosotros estabais dentro? ¿Dónde estáis ahora?

—Janet lo está preguntando en este momento —dijo Peter—. Ya lo sabemos. Estamos en la calle Jackson, no lejos de la calle principal. ¿Puedes venir a buscar el coche? Si vienes, te esperamos.

—Sí. Voy a buscar un taxi. ¡Qué cosa tan extraordinaria!

Janet y Peter volvieron al coche. Ahora que sabían que su padre llegaría poco después, ya no tenían miedo. Por el contrario, se sentían más que satisfechos y se consideraban personas importantes.

—Tendremos que convocar en seguida una reunión del Siete Secretos, para tratar este asunto —dijo Peter—. Supongo que la policía empezará a trabajar sin pérdida de tiempo. Y nosotros también. ¿Qué nos importan ya las estúpidas bromas de la terrible Sussy?

## Nueva reunión

Poco después llegó un taxi que se detuvo junto al coche parado, y el padre de Janet y Peter se apeó de un salto. Mientras pagaba al taxista, Janet le gritó:

—¡Aquí estamos!

El padre de nuestros amiguitos subió a su propio coche.

—¡Vaya! Nunca hubiera creído que me quitaran el coche mientras entraba un momento en la estación —dijo—. ¿De veras estáis bien?

—De veras, papá —dijo Peter—. Estábamos medio dormidos aquí dentro. Esos hombres no nos han visto. Han subido al coche, lo han traído aquí y luego se han marchado. Casi no hablaron.

—No deben de ser ladrones de coches —dijo el padre—, sino un par de idiotas que querían venir en coche y no a pie. No pienso molestar a la policía. No los cogerían. Denunciarlos sería una pérdida de tiempo para todos. Tengo mi coche y eso es lo que importa.

Los dos hermanos sintieron cierta decepción ante el rápido fin de su extraordinaria aventura.

—¿De veras no piensas decírselo a la policía? —preguntó Peter, desilusionado—. Esos hombres pueden ser malhechores.

—Probablemente lo son. Pero no quiero perder el tiempo con ellos. Más tarde o más temprano los detendrán por alguna fechoría. Habéis hecho muy bien en quedaros quietecitos para que no advirtieran vuestra presencia.

La madre se interesó mucho más por lo sucedido que el padre, a pesar de que también opinaba que había sido una estúpida travesura de los dos hombres. Pero cuando Peter telefoneó a Jack y le explicó lo ocurrido, Jack pareció volverse loco.

—¡Corcho! ¿De veras? ¡Palabra que me hubiera gustado estar contigo! —gritó, excitadísimo y apretando el auricular—. Nos reuniremos, ¿verdad? ¿Qué te parece mañana a las tres de la tarde? Mañana tenemos todos medio día libre, ¿no? Bueno, díselo a los demás. Yo... ¡Ssssss! —¿Por qué siseas?— preguntó Peter. — Comprendido. Es que está por ahí esa calamidad de Sussy... De acuerdo, ni una palabra más... Hasta mañana. Al día siguiente, a las tres de la tarde, los siete secretos estaban en el cobertizo acompañados de Scamper, que corría de un lado a otro, excitado. Presentía que estaba sucediendo algo importante. La estufa de petróleo estaba encendida y en el cobertizo reinaba un calorcito agradable. Las cortinas de las ventanas estaban corridas por si alguien intentaba curiosear.





Nadie había tenido tiempo de comprar nada de comer, pero, afortunadamente, a Jorge le había regalado su abuela una bolsa grande de caramelos, y el obsequiado invitó a los demás.

—¡Magnífico! —exclamó Jack—. ¡Vaya caramelos que compra tu abuela! Son enormes. ¡Hay que ver lo que duran! Estaremos más a gusto con uno de estos caramelos en la boca.

Se sentaron en cajones y alfombras viejas. Todos tenían uno de los carrillos abultados por los grandes caramelos. A Scamper no le gustaban, lo que era una suerte. Los niños le hicieron sentarse junto a la puerta. Así, si alguien se acercaba a espiar, le oiría. Los espías podían ser la pelma de Sussy o cualquiera de sus estúpidos amigos.

Peter contó lo sucedido y todos le escucharon dando muestras de emoción.

—¿De modo que tu padre no piensa denunciar el caso a la policía? —dijo Colín—. Bueno, eso nos deja el campo libre. ¡Adelante, siete secretos! Aquí hay algo bueno para nosotros.

—Es muy emocionante —dijo Pamela—. Pero ¿por dónde empezaremos? ¿Qué es lo que tenemos que descubrir? Yo, la verdad, no sabría qué hacer...

—Te diré lo que yo pienso —dijo Peter, pasándose el caramelo al otro lado de la boca—. Creo que esos hombres traman algo. No sé lo que se traerán entre manos, pero creo que deberíamos averiguar algo acerca de ellos.

—¿Pero cómo nos las vamos a arreglar? —preguntó Pamela.

—Oye, Pamela: si no quieres mezclarte en esto, nada te impide que te vayas —dijo Peter, empezando a enfadarse—. Ahí tienes la puerta.

Pamela cambió de actitud en el acto.

—¡No, no! Yo quiero participar en esto. ¡Naturalmente que quiero! Dinos lo que tenemos que hacer, Peter.

—Pues bien; no es mucho lo que sabemos —dijo Peter—. Perdonadme, pero voy a dejar el caramelo durante un par de minutos, mientras hablo. Así puedo hablar mejor. No, Scamper, no lo huelas, que a ti no te gustan los caramelos.

Cuando el caramelo estuvo sobre un trozo de papel limpio, Peter empezó a decir:

—Como ya he dicho, no tenemos una base sólida para comenzar nuestro trabajo, pero sí unas cuantas pistas. Una es «casa de Sid». Debemos intentar averiguar dónde está eso, y montar una guardia para ver si nuestros hombres van por allí. Después podríamos seguirles. Hemos de estar al acecho todos los días a las cinco de la tarde. —Bien— dijo Jorge.

—Después tenemos el L 8061 —continuó Peter—. Probablemente se trata de un número de teléfono. Podríamos averiguarlo.

—Eso es una tontería —dijo Pamela—. Tendríamos que mirar en el listín todos los números uno por uno. Ni siquiera sabemos a qué central pertenece.

Peter no le hizo caso.

—Uno de los hombres llevaba un sombrero con las alas hacia abajo y el pelo tan largo que le llegaba al cuello del abrigo. Una de sus manos tenía algo raro: creo que le faltaba la punta del dedo de en medio. Lo vi sólo un instante, a la luz de un farol; pero con bastante claridad.

—Y el otro hombre llevaba el pelo muy corto —dijo Janet—. ¡Peter! ¿No recuerdas que dijo que se le había caído algo? ¿Sería verdad? Podríamos ir a mirarlo, por si acaso. Fuera lo que fuese, él no lo encontró.

—¡Pues es verdad! ¡Lo había olvidado! —exclamó Peter—. Puede ser algo muy importante. Vamos a echar un vistazo al coche. Vayamos todos con las linternas.

## Los siete empiezan a investigar

Scamper salió disparado al jardín, en compañía de los niños. Jack miró en todas direcciones por si Sussy o cualquiera de sus amigos estaban escondidos, pero como Scamper no corrió a ladrar a ningún arbusto, el muchacho se tranquilizó.

Todos fueron al garaje. Peter esperaba que el coche estuviera allí, y, efectivamente, allí estaba. Los niños abrieron las portezuelas y empezaron a escudriñar dentro del coche.

—No vale la pena de que miremos en la parte de atrás —dijo Peter—. Los hombres iban delante.

Palpó por todas partes y dirigió la luz de la linterna a todos los rincones. El garaje estaba casi a oscuras, aunque sólo eran las tres y media de la tarde.

—¡No hay nada! —dijo desilusionado.

—Déjame mirar a mí —dijo Janet—. Una vez se me cayó un lápiz y no podía encontrarlo. Estaba entre los dos asientos.

Deslizó la mano entre los dos asientos y la corrió por toda la rendija. De pronto, dio un grito y sacó un objeto. Era un estuche de gafas. Lo levantó triunfante.

—¡Mirad! ¡Esto es! Se le cayó la funda de las gafas.

—¡Pero si no llevaba lentes! —dijo Peter.

—Podía usarlos para leer —replicó Janet—. Como la abuela.

Abrió el estuche. Estaba vacío. Janet lanzó otra exclamación.

—¡Mirad! ¡Hay un nombre dentro! ¿Qué os parece? ¡Y un número de teléfono! ¡Ahora sí que estamos sobre una pista!

Los siete secretos se agruparon alrededor de Janet, y la niña señaló una pequeña etiqueta que había en el interior, donde se leían un nombre y un número escritos con toda claridad. «Briggs. Renning 2150».

—¡Renning! Eso no está muy lejos —dijo Peter—. Podemos mirar el listín de teléfonos. Allí estará la dirección de Briggs. ¡Vaya descubrimiento!

Todos estaban entusiasmados. Ya iba Jack a cerrar la portezuela, cuando se acordó de que nadie había mirado debajo del asiento donde estuvo sentado el hombre al que se le había caído algo. Arrancó un trozo de bambú de un grupo de ellos que crecía cerca, en un rincón, y lo pasó por debajo del asiento. Entonces salió rodando un botón...

—¡Mirad! —dijo Jack, recogéndolo.

Peter lo examinó.

—Es de la gabardina de mi padre —dijo—. Dios sabe el tiempo que llevaría ahí. Se lo guardó en un bolsillo, y todos volvieron al cobertizo, entusiasmados.



—Bueno, lo primero que hay que hacer es buscar la dirección del señor Briggs, y después ir a verle —dijo Peter—. Le haremos confesar que se le cayó el estuche en el auto, y entonces, sin darle tiempo a respirar, le haré esta pregunta: «¿Qué hacía usted en el coche de mi padre?»... Estoy seguro de que a la policía le gustaría saber el nombre y las señas del hombre que usó sin permiso un coche. Seguramente le harían confesar el nombre de su cómplice.

Éste vehemente discurso dejó a Peter sin aliento. Los otros le contemplaban admirados. Era un plan audaz.

—De acuerdo —dijo Jack—. ¿Y qué os parece si ahora mismo fuéramos a Renning a buscar esa dirección? No hay que dejar enfriar el asunto. Podríamos merendar en el salón de té de Renning. Tienen unas pastas de almendra estupendas. La última vez que estuve allí me comí cinco.

—Si puedes pagar la cuenta... —dijo Colín—. Bueno, por mí encantado. Será divertido. Tú llevarás la voz cantante, ¿eh, Peter?

—¿Habéis traído todos la «bici»? —preguntó éste—. Bien. Entremos en mi casa a mirar el listín de teléfonos... ¡Vamos por usted, señor Briggs!

La consulta del listín les fue muy útil. El señor H.E.J. Briggs vivía en Little Hill, calle Raynes, Renning. Teléfono 2150.

Peter lo anotó todo cuidadosamente.

—¿Tenéis todos dinero para la merienda? —preguntó.

Colín sólo tenía uno o dos peniques. Peter quedó en prestarle el resto y todo estuvo listo para la marcha.

Peter dijo a su madre que merendarían fuera, y se alejaron pedaleando en sus bicicletas. Enfilaron con precaución la calle principal uno tras otro, tal como les habían enseñado.

Renning estaba a tres millas de distancia, y no tardaron mucho en llegar.

—¿Merendamos primero? —preguntó Jorge, mirando, soñador, el salón de té cuando pasaban por delante.

—No, primero la obligación y luego la devoción —dijo Peter, que era siempre muy intransigente para estas cosas. Entraron pedaleando en la calle de Raynes.

Era una pequeña avenida, de encantadores chalets. «Little Hill» estaba en un extremo. Era una pintoresca casita con un jardín muy alegre.

—¡Qué casa tan bonita! No parece que aquí pueda vivir un malhechor —dijo Jack—. Pero cualquiera sabe... Mira, Peter. Hay alguien en el jardín. Animo. A ver cómo te las compones para hacerle confesar que se le cayó el estuche de las gafas en el coche de tu padre.

—Ahora lo veréis —dijo Peter, encaminándose valientemente a la puerta del jardín—. Buenas tardes, señor. ¿Es usted el señor Briggs?

## Peter se pone colorado hasta las orejas

Tan pronto como lo vio de cerca, Peter estuvo seguro de que aquel hombre no era ninguno de los dos del coche. Aquel señor tenía la cabeza grande y redonda, y una cara proporcionada a ella, y los dos hombres, por lo que había podido ver, eran de cabeza pequeña.

El interrogado se mostró sorprendido.

—No —dijo—. No soy el señor Briggs. Sólo soy un invitado suyo. ¿Quieres verle? ¿Le llamo?

Peter empezó a sentirse algo incómodo. Aquel bonito jardín y aquella elegante casita no parecían lugares apropiados para los individuos del coche.

—¡Henry! ¡Henry! ¡Preguntan por ti! —gritó el invitado.

Peter se dio cuenta de que sus compañeros de club le miraban con atención. ¿Sería Henry uno de los dos hombres que buscaban?

El dueño de la casa salió al jardín y se acercó a grandes zancadas. Llevaba el pelo muy corto y tenía la cabeza pequeña. Podría ser el hombre que ocupó el asiento izquierdo del coche, pero no tenía aspecto de robar automóviles.

«A pesar de todo, de donde menos se espera...», pensó Peter.

El hombre le miró inquisitivamente. —¿Qué quieres?— dijo.

—Pues... ¿Es usted el señor Briggs? —preguntó cortésmente Peter.

Fuera del jardín, los otros seis miembros del club contuvieron el aliento. ¿Qué contestaría aquel señor Briggs?

—Sí —repuso en un tono de alegre curiosidad—. ¿Por qué?

—Pues... ¿Ha perdido usted por casualidad un estuche de gafas?

—Sí, lo perdí —repuso el señor Briggs, sorprendido—. ¿Acaso lo has encontrado? ¿Dónde?

—En la parte delantera de un coche —contestó Peter, observándole atentamente.

Si Briggs era un ladrón de automóviles, se turbaría o diría que era imposible. Comprendería que se trataba del estuche que había perdido la noche anterior y no querría confesar que se le había caído en un coche.

—¿Qué cosa tan asombrosa! —dijo el señor Briggs—. ¿De quién es ese coche? Y ¿a qué viene ese aire de misterio? Perder un estuche de gafas es una cosa bastante corriente, ¿no crees?

—Se le cayó a alguien anoche en el coche de mi padre —dijo Peter sin dejar de observar al señor Briggs.

—¡Imposible! —dijo éste en el acto—. Hace ya una semana que perdí el estuche. No puede ser el mío. Anoche no fui en auto con nadie.

—Es el hombre que buscamos. Estoy segura —dijo Pamela a Janet en voz baja—. ¡Está mintiendo descaradamente!

—El estuche lleva dentro su nombre —dijo Peter—. Por eso sabemos que es suyo. Y anoche estaba en el coche de mi padre.

—¿Quién es tu padre? —preguntó el señor Briggs, sin ocultar su curiosidad—. No acabo de comprender tu actitud. ¿Y dónde está el estuche?

—Mi padre vive en la casa del Molino Viejo —empezó a decir Peter—. Y es...

—¡Santo Dios! ¿Es posible que se trate de mi amigo Jack el granjero? —exclamó el señor Briggs—. ¡Esto lo explica todo! La semana pasada tuvo la amabilidad de traerme un día a casa, y debió de ser entonces cuando se me cayó ese estuche. Ya en casa, lo busqué por todas partes y no se me ocurrió pensar en el coche. ¡Vaya, hombre, vaya! Así ¿me lo habéis traído?

—Entonces ¿es usted ese Henry que mi padre nombra con frecuencia? —dijo Peter, desconcertado—. Ahora lo comprendo todo: se le cayó el estuche, pero no anoche como yo suponía. Aquí lo tiene, señor. Lleva su nombre y su número de teléfono. Por eso hemos sabido que era suyo.

Se lo alargó y el señor Briggs lo tomó sonriendo.

—Gracias —dijo—. Y ahora te agradeceré que me digas qué significa este misterio, y por qué has insistido tanto en que se me había caído anoche, y me mirabas como a una persona sospechosa.

Peter oyó que sus amigos se reían y se puso colorado. No sabía qué decir.



—Bueno —dijo al fin—. Verá usted... Es que anoche dos desconocidos cogieron el coche de mi padre. Hoy, al hacer un reconocimiento en el interior del auto, hemos

encontrado este estuche y nos hemos preguntado si pertenecería a alguno de los dos hombres.

El señor Briggs se echó a reír.

—¡Ah, ya comprendo! Estáis jugando a detectives. Siento desilusionaros, pero no soy ladrón de automóviles. Mira, aquí tienes un chelín por haberme traído el estuche. Cómprate unos chocolatines, e invita a esos amigos tuyos que están tan interesados mirando por encima de la valla.

—¡Oh, no, señor! ¡Muchas gracias! —dijo Peter, retrocediendo—. No quiero nada. Estoy muy satisfecho de haberle podido traer su estuche. ¡Adiós, señor!

Salió rápidamente del jardín, felicitándose de poder alejarse de la mirada burlona del señor Briggs. ¡Menuda plancha! Montó en su «bici» y empezó a pedalear, seguido de sus seis compañeros.

Todos se detuvieron frente al salón de té.

—¡Uf! —exclamó Peter, pasándose la mano por la frente—. ¡Qué mal rato he pasado cuando he sabido que era amigo de mi padre! Papá ha hablado mucho de un hombre llamado Henry, pero nunca dijo su apellido.

—Nos creíamos muy listos, y nos hemos tirado un planchazo —dijo Colín—. Bueno, pero si el estuche de gafas no tiene nada que ver con esos dos hombres, quizás el botón...

—¡Quizás! —dijo Peter—. Pero yo no pienso meterme con nadie que lleve una gabardina con botones como el que tenemos guardado, a menos que esté completamente seguro de que es uno de los dos individuos que iban en el coche. Cada vez que pienso en el señor Briggs me pongo colorado. A lo mejor, le cuenta a mi padre todo esto...

—Eso no importa —dijo Jack, sonriendo maliciosamente—. Fue divertidísimo ver las caras que ponías. Vamos a merendar. Ya veo que hoy tienen pastas de almendra.

Entraron en el establecimiento y merendaron muy a gusto.

Y ahora, siete secretos, a ver si discurrís y preparáis algún plan emocionante.



## Una ocupación para cada socio

Al día siguiente hubo nueva reunión de los siete secretos, pero esta vez se reunieron en el pabellón de verano del jardín de Colín. El local no era tan bueno como el cobertizo de Peter, porque la entrada no tenía puerta y no les permitieron tener una estufa de petróleo.

Sin embargo, como la madre de Colín les había invitado a merendar, era lógico que tuvieran allí la reunión, y el pabellón de verano era el único sitio donde podían hablar en secreto.

—Llevaremos los fuegos artificiales y les echaremos un vistazo —había dicho Peter—. Apenas los miramos en las últimas reuniones, y la noche de las hogueras es en la semana próxima. Hemos de ver lo que tenemos y lo que nos falta.

De aquí que los siete secretos se presentasen en casa de Colín cargados de cohetes. Tuvieron una merienda estupenda. Les dieron las cosas que más les gustaban: emparedados de sardinas en conserva, emparedados de miel, un formidable pastel con cerezas por dentro y por encima, y una tarta de bizcocho helado.

—¡Vaya madre que tienes, Colín! —exclamó Peter, admirado—. Lástima que no haya merendado con nosotros. Me gustaría darle las gracias.

—Tiene que asistir a una reunión de un comité o algo por el estilo —dijo Colín—. Lo único que me ha dicho es que nos portemos bien y que, como hace mucho frío, nos pongamos los abrigos si hemos de ir al pabellón del jardín.

—Hay que ver la preocupación que tienen las madres con los abrigos. ¿Os habéis fijado? A mí me parece que hoy casi hace calor.

Terminaron con todo lo que había en la mesa. Del enorme pastel de cerezas no quedó ni rastro. Scamper, que también había sido invitado, tenía su propio plato de galletas de perro untadas con pasta de gambas. Comía la mar de a gusto.

—Ahora vamos al pabellón de verano —dijo Colín—. Será conveniente que nos llevemos una vela. Allí hay muy poca luz. Y no os olvidéis de los abrigos, ¿eh?

—Ni de los fuegos artificiales —dijo Peter.



Y se fueron todos a la pequeña construcción de madera, llevándose los cohetes. Alrededor del pabellón había un banco de madera corrido. Olía a humedad. Pero esto a nadie le importaba. Aquella especie de choza situada en el fondo del oscuro jardín era estupenda para hablar en secreto.

La vela estaba encendida y encajada en el cuello de la botella. Como no había ninguna repisa donde ponerla, Colín la depositó en el suelo.

—Hay que procurar que Scamper no la vuelque —dijo Peter—. Por cierto, ¿dónde está?

—Ha ido a la cocina a hacerle el amor a nuestra cocinera —dijo Colín—. Está preparando un guiso de carne o algo por el estilo, y Scamper lo ha olido. No tardará en volver. Bueno, ahora pongamos los cohetes debajo del banco... Eso es... Ya los miraremos cuando acabe la reunión.

—Vamos a empezar —dijo Peter—. Debido a nuestro tropiezo con el estuche de gafas, no hemos adelantado nada en nuestra aventura. Tenemos que investigar un poco. Ante todo, ¿tiene alguien alguna idea de dónde está esa casa de Sid?

Hubo un silencio.

—No lo había oído nombrar nunca —dijo Jack.

—No cabe duda de que es uno de esos lugares donde se reúnen hombres de la calaña de los que usaron el coche de mi padre —dijo Peter.

—Quizá lo sepa el chico del garaje —dijo Colín, que tenía fe ciega en Larry—. Conoce a muchos conductores de camiones, y éstos van por sitios de esos que se llaman casa de Sid, o de Jim, o de Nick.

—Buena idea —dijo Peter—. Colín, Jorge y tú iréis mañana a interrogar a Larry. ¿Y qué otra cosa podríamos hacer? ¿Cuál era el número con que uno de los dos hombres tenía que ponerse en contacto?

—L 8061 —dijo Pamela en el acto—. Yo creo que L es sólo la letra, pero también podría ser el nombre Ele. ¿No os parece?

—Desde luego, podría ser un nombre —dijo Peter—; pero tal vez sea solamente un número de teléfono de la central de Elebridge. Bárbara y tú podríais encargáros de averiguarlo.

—¿Cómo? —preguntó Bárbara.

—No puedo perder el tiempo explicando cosas tan sencillas —dijo Peter, impaciente—. Pamela y tú debéis discurrir lo que convenga hacer. Bueno, ¿queda algún punto más sobre el que podamos investigar?

—Sólo el del botón que encontramos en el coche —dijo Jack.

—Ya te dije que es de la gabardina de mi padre —replicó Peter—. Los botones de su gabardina son idénticos a éste.

—Pero convendría que lo comprobáramos —opinó Jack—. Tú mismo has dicho infinidad de veces que no debemos dejar nada prendido con alfileres. Hay muchos botones que parecen iguales y son diferentes.

—Quizá tengas razón —dijo Peter—. Sí, es muy posible que la tengas. Janet,

¿quieres echar un vistazo a la gabardina de papá? Como sé que le falta un botón, creo que será el suyo el que encontramos. Pero nos aseguraremos.

—A mí no me has dado ningún trabajo —dijo Jack.

—Mira, si el botón no es de la gabardina de mi padre, podrás ocuparte de ese asunto —dijo Peter con una sonrisita—. Puedes ir por las calles mirando a ver a quién le falta un botón en la gabardina.

—No seas burro, Peter —dijo Jack—. Piensa que si el botón no es de tu padre, ha de pertenecer a uno de esos dos hombres, y en este caso uno de nosotros ha de dedicarse a ello. Así es que, si es preciso, yo haré ese trabajo.

—De acuerdo —dijo Peter—. Bueno, ha terminado la reunión. Ahora vamos a ver los fuegos artificiales.

## ¡Oh, qué lástima!

Colín y Jack sacaron los paquetes de debajo del banco de madera. Los siete se arrodillaron en el suelo para deshacer los envoltorios y abrir las cajas. ¡Qué ocupación tan entretenida!

—Me gustaría que tuviéramos buena luz y no la de esta vela temblorosa —dijo Pamela—. ¡Casi no se pueden leer los nombres de los cohetes!

Al agacharse todos a mirarlos a la luz de la vela, oyeron un ladrido y luego un rumor de carrera. Era que Scamper había salido de la cocina y llegaba a todo correr en busca de sus amigos. ¿Dónde estaban? ¡Guau! ¡Guau!

—¡Scamper! —le llamó Janet desde el pabellón de verano—. ¡Estamos aquí!

Scamper avanzó por el sendero del jardín como un rayo y ladrando como un energúmeno. Cualquiera diría que llevaba separado de los siete niños un mes en vez de media hora.

Entró como una tromba en el pabellón y volcó la botella donde estaba encajada la vela encendida. ¡Plaf!

—¡Scamper! ¡So bruto! —gritó Peter, alargando la mano para levantar la botella.



Pero la llama de la vela había prendido en uno de los paquetes y los cohetes empezaron a estallar y silbar.

—¡Cuidado, Pamela! —gritó Peter—. ¡Cuidado, Bárbara!

¡Fizzzzz! ¡Pam, pam, pam!... ¡¡¡Bum!!!

Media docena de cohetes estallaron a la vez, y los siete niños y Scamper salieron precipitadamente del pabellón, huyendo de los surtidores de fuego.

El papel de otro envoltorio se inflamó también y los pequeños cohetes que contenía empezaron a estallar.

¡Pam! ¡Pum! ¡Pim! Los niños se abrazaban, aterrados. Scamper había desaparecido con el rabo entre piernas. ¡Bam! ¡Bum! ¡Fizzz!

Un cohete salió disparado del pabellón en dirección a Colín, que tuvo el tiempo

justo para apartarse.

Peter los empujó a todos para librarlos del peligro y Colín cavó sobre un acebo. Lanzó un aullido tan tremendo, que todos creyeron que le había alcanzado el cohete.

—¡Si pudiéramos salvar los que todavía no han ardidido! —dijo Jack al que llenaba de amargura la visión de los valiosos paquetes envueltos en humo, fuego y llamaradas de explosiones.

—No se puede salvar nada —repuso Peter—, a menos que quieras morir asfixiado entre cohetes, petardos y... ¡Santo Dios! ¿Qué es eso?

—¡Mi gran petardo! ¡Mi cohete volador! —se lamentó el pobre Jack, al ver salir del pabellón, con ensordecedor silbido, un cohete de estela llameante—. ¡Me costó tres chelines y seis peniques!

—¡Hay que traer agua! —dijo Colín de pronto—. ¡La casita es de madera y puede incendiarse! Mirad qué llamaradas salen de ese papel.

Todos dejaron de contemplar el espectáculo y corrieron en busca de cubos. Cerca había un pequeño estanque donde los podían llenar.



¡Plaf! ¡Plaf! Los niños arrojaban el agua sobre los llameantes cohetes. Se oyó una especie de sordo y poderoso silbido. De la casita salió un humo negro que cortó la respiración a los siete.

—¡Uf! —dijo Jack tosiendo—. ¡Qué olor tan horrible!

—¡Menos mal que tu madre no está en casa! —dijo Peter, que llegaba con otro cubo de agua, jadeando—. ¡Nos habría puesto de vuelta y media!...

¡Ahí va!... ¡Plaf!... Creo que hemos conseguido dominar el fuego. ¡Uf, qué humo!

¡Qué fin tan triste tuvo aquella merienda y aquella reunión en casa de Colín! Bárbara estaba hecha un mar de lágrimas. Había estado ahorrando semanas enteras para comprar fuegos artificiales, y no quedaba de ellos nada más que humo, mal olor y un montón de cenizas.

—¡Qué mala suerte! —exclamó Peter, sintiendo también ganas de llorar—. ¡Maldito Scamper! Todo por su culpa. ¿Dónde se ha metido?

—Se habrá ido a casa a cien por hora —dijo Janet—. ¡Lástima que no tenga una libreta de la caja de ahorros como nosotros! Si la hubiera tenido, le haría sacar un buen montón de dinero para comprarnos cohetes. Ha sido una verdadera catástrofe. Nos hemos quedado sin fuegos artificiales.

—Desde luego, no podremos comprar los que necesitamos para celebrar la fiesta —dijo Jack con amargura—. Bueno, vámonos. Perdona que te hayamos puesto el pabellón hecho una lástima, Colín. Vendré mañana, cuando se haya secado un poco, y te ayudaré a limpiarlo.

Ya estaban en la puerta del jardín, cuando Janet les detuvo.

—Ahora me acuerdo de que tenemos que buscar una nueva contraseña. Ya sabéis que Sussy conoce la de «Guy Fawkes». Además, se la ha soplado a todas las niñas de la clase. Hemos de tener una contraseña secreta.

—Es verdad. Se me había olvidado —dijo Peter—. Bueno, voto por «Fuegos artificiales». Me parece muy apropiada después de lo ocurrido esta noche.

—De acuerdo: «Fuegos artificiales» —dijo Colín—. Siento que la tarde haya sido tan catastrófica. No son éstas las aventuras que a mí me gustan. Adiós a todos. Hasta mañana.

Los invitados de Colín emprendieron tristemente la vuelta a sus casas. ¡Maldito Scamper! ¿Por qué habrá sido tan idiota?

## Casa de Sid

Al día siguiente, domingo, los siete del club secreto estaban tristes y cabizbajos. Se reunieron en el centro religioso, pero apenas hablaron: no tenían humor para nada. Realmente era horrible que semanas y semanas de ahorros se hubiesen convertido en humo en unos minutos.

—¡Menuda carrera se dio Scamper anoche! —dijo Janet a las chicas—. Se fue a casa y se escondió detrás del coche de caballos, temblando de pies a cabeza. Le dan mucho miedo los fuegos artificiales, ¿sabéis?

—A todos los perros les asustan los cohetes —dijo Pamela—. Nosotros siempre encerramos a los nuestros la Noche de las Hogueras. ¡Pobre Scamper! ¿Le perdonasteis?

—No tuvimos más remedio —dijo Janet—. Al fin y al cabo, ¡pobre Scamper!, su intención no fue tirar la vela. Le acariciamos, y él, cuando vio que no le reñíamos, salió de su escondite, se sentó junto a nosotros y apoyó su cabeza en mis rodillas.

—Es un sol —dijo Bárbara—. De todas formas es muy triste que hayamos perdido todos nuestros cohetes de una vez.

—A mí me ha quitado la aventura de la cabeza —dijo Pamela—. Pero mañana tendremos que pensar en ella, Bárbara. Hemos de investigar sobre el número de teléfono L 8061. Ahora, que no tengo ni la menor idea de cómo lo podremos hacer.

—Déjalo para mañana —dijo Bárbara—. Hoy sólo puedo pensar en nuestra desgracia.

Al día siguiente, lunes, los siete volvieron al colegio. Por la mañana, después de las clases, Jorge y Colín fueron al garaje a ver si averiguaban algo de «Sid». Larry estaba sentado en un rincón, leyendo el periódico y saboreando su almuerzo.

—¡Hola, Larry! —dijo Colín—. Tenemos un asunto en que tal vez podrías ayudarnos. ¿Conoces por casualidad algún lugar llamado «casa de Sid» o algo parecido?

—No —repuso Larry—. Eso suena como a taberna o algo por el estilo. De un momento a otro llegará un conductor de camiones. Si queréis esperar, le preguntaré.

Tres o cuatro minutos después entró un camión, y el conductor, un individuo alto y fornido, se apeó y saludó a Larry alegremente. Luego le dijo:

—Volveré dentro de media hora a recoger el camión. Voy a dar un bocado.

—¡Eh, Charlie! ¿Has comido alguna vez en casa de Sid? —le preguntó Larry—. ¿Sabes dónde está?

—¿Casa de Sid? No, cuando vengo aquí como en casa de mi hermana —repuso Charlie—. Espera un momento. ¿Has dicho Sid?... Sí, recuerdo haber visto un cafetucho llamado «Café de Sid». ¿Será ése?



—Tal vez —dijo Larry interrogando a Colín con la mirada.

Colín asintió.

—Seguramente es ése —dijo con una tensión de ánimo repentina—. ¿Dónde está?

—¿Conoces la calle Vieja? Bueno, pues está en la esquina que esta calle forma con la de San Jaime. No es un establecimiento de categoría precisamente, y menos, un lugar adecuado para chicos de vuestra edad. ¡Hasta luego, Larry! Dentro de media hora estoy aquí.

—¡Gracias, Larry! —dijo Colín—. Ven, Jorge; vamos a echar un vistazo a ese lugar. Tenemos el tiempo justo.

Fueron a la calle Vieja y avanzaron por ella hasta encontrar la de San Jaime. En la misma esquina, ocupando un poco de cada calle, había una cafetería de aspecto bastante mísero. Sobre la sucia ventana había un rótulo que decía: «Café de Sid».

Los chicos miraron a través de los cristales. Había varios hombres sentados en una larga barra, comiendo emparedados y bebiendo café o té.

Se veían también dos o tres mesas ocupadas por clientes un poco mejor vestidos que los que estaban en la barra, y a los que una gruesa y campechana camarera servía comida caliente.

—Esto es «casa de Sid» —dijo Colín, curioseandolo todo con los ojos muy abiertos—. ¿Dónde estará Sid?

—Debe de andar por el fondo de la casa —repuso Jorge—. En la sala de público sólo hay camareras... Bueno, sabemos que uno de los dos hombres que buscamos



viene aquí todos los días a eso de las cinco. Si a esa hora vigilamos, no cabe duda de que lo veremos.

—Ha de ser Peter el que haga ese trabajo —dijo Colín—. Nosotros no conoceríamos al individuo. Él, en cambio, lo reconocerá en seguida.

—No le va a ser nada fácil andar por aquí fisgoneando —dijo Jorge—. La gente creerá que trama algo. Ahora que nosotros, por ser dos, llamaríamos más todavía la atención.

—Bueno, eso es asunto de Peter —dijo Colín—. Nosotros ya hemos cumplido con nuestra obligación encontrando este cafetucho. ¡Hala, vámonos! Hoy llegaremos tardísimo a comer.

Peter quedó muy satisfecho de la actuación de Colín y de Jorge cuando éstos se la explicaron.

—¡Buen trabajo! —dijo—. Esta tarde a las cinco me daré una vuelta por allí. ¿Cómo les habrá ido a Pamela y Bárbara?

Por la tarde, Janet le habló de esto mientras merendaban rápidamente.

—No supieron qué hacer para averiguar algo sobre L 8061. Sencillamente: no supieron.

—¡Qué pareja de tontas! —dijo Peter, mientras se comía un bollo a toda velocidad—. Abrevia, que me tengo que ir.

—Bueno, pues Pamela preguntó a su madre cómo se podía averiguar si existía ese número de teléfono, porque ni ella ni Bárbara tenían paciencia para repasar todos los del listín. «Marcad el número y ved si os contestan», les respondió la madre de Pamela.

—¡Claro! —dijo Peter—. Eso se le ocurre a cualquiera.

—Total, que marcaron el número, nerviosísimas, pues habían decidido preguntar su nombre y su dirección a quien contestara. Pero no hubo respuesta. Y la telefonista les dijo que ese número no existe. Así es que L 8061 no es un número de teléfono. Tiene que ser otra cosa.

—¡Qué lástima! —dijo Peter, levantándose—. Habría sido una suerte que L 8061 hubiera contestado. Así habríamos sabido el nombre y la dirección. Me temo que esa pista no nos va a ser muy útil. Me tengo que ir, Janet. ¿Verdad que sería estupendo que descubriera a uno de los dos hombres en el café de Sid?

—¡Y tan estupendo! —dijo Janet—. ¡Oh, Peter! Ojalá tengas suerte esta tarde.

## Una idea maravillosa

Peter se fue a toda prisa al cruce de la calle Vieja con la de San Jaime. Sí, allí estaba el café de Sid, tal como había dicho Colín.

¿Qué hora era? Consultó su reloj. Las cinco menos seis minutos. Si el hombre se presentaba a las cinco en punto, habría llegado con el tiempo justo. Claro que podría retrasarse, cosa que habría sido un fastidio para Peter, pues cuanto más esperase, más llamaría la atención.

Peter se apoyó perezosamente en la fachada del café de Sid, y estuvo observando a todo el que pasaba, y especialmente a los que entraban y salían del café. Éstos eran en su mayoría hombres que dejaban fuera sus carros de fruta y otros tipos de aspecto desagradable, sucios y sin afeitar.

De pronto, recibió un susto mayúsculo: un hombre salió del café y le dijo en son de amenaza:

—Oye, rapaz: ¿qué haces por aquí? ¡Cuidado con que me robes fruta del carro! Ya he cogido a más de un chico intentándolo. Si me quitas algo, llamo a la policía. ¡Hala, largo de aquí!

—¡Ni por pienso se me ocurriría a mí coger eso! —dijo Peter, indignado, mirando el carro cargado de fruta de mala calidad, que estaba junto a la acera.

—Conque no, ¿eh? Entonces, ¿qué haces ahí parado, si se puede saber? Los chicos no se quedan parados en las esquinas porque sí. Mis compañeros y yo te hemos estado observando desde dentro, y estamos seguros de que andas buscando algo.

Peter estaba aturdido. ¿Cómo se atrevía aquel hombre a hablarle tan groseramente? Quizá era que los chicos de aquel barrio se dedicaban a robar fruta de los carros parados en la calle.

—Dime de una vez por qué estás ahí parado —dijo el hombre, acercando su cara a la de Peter.

Como no podía decirle por qué estaba allí, no dijo nada y, dando media vuelta, se marchó rojo de vergüenza.

«¡Qué hombre tan odioso! —pensó—. Y no he visto a nadie que se pareciera al tipo que cogió nuestro coche. Claro que los únicos detalles que conozco de él son su sombrero, su pelo largo y tal vez un dedo mutilado de su mano derecha».

Volvió a casa corriendo sin dejar de pensar.

«Aunque es muy probable que ese individuo vaya todas las tardes al café de Sid, no lo podría reconocer si llevara boina en vez de sombrero, o si se hubiera cortado el pelo. Y como la mayoría de los hombres que transitan por ese barrio llevan las manos en los bolsillos, tampoco podría ver su mano. ¡No hay esperanza!».

Peter fue a ver a Colín. Jack y Jorge estaban con él haciendo sus deberes.



—¡Hola! —Exclamaron sorprendidos—. Creíamos que estabas vigilando el café de Sid.

Peter les contó lo sucedido.

—No sé cómo me las voy a arreglar para volver allí —dijo, apesadumbrado—. El hombre que se encaró conmigo era un tipo repugnante. ¿Cómo voy a poder observar sin ser visto?

—No hay solución —dijo Colín—. Dejemos este asunto por imposible... Venid al pabellón y veréis lo que he hecho. Hemos limpiado todos los restos de los cohetes. Además, tengo algo nuevo que enseñaros.

Los cuatro fueron al pabellón con sus linternas. Colín alumbró una cosa con la suya, y Peter dio un respingo, asustado, sin comprender al principio de qué se trataba.

—¡Pero si es un «guy»<sup>[2]</sup>! —exclamó, admirado—. ¡Qué magnífico!

El fantoche estaba muy bien hecho. Tenía el cuerpo relleno de paja y llevaba uno de los trajes viejos de Colín. Su cara era una máscara que sonreía picarescamente a los cuatro chicos. Llevaba una peluca de lana negra y sobre ella una vieja boina. Colín le había sentado en una carretilla del jardín, y verdaderamente producía gran efecto.

—He pensado que ya que, desgraciadamente, vamos a tener muy pocos cohetes en la Noche de las Hogueras, podremos quemar un fantoche —dijo Colín—. Mañana prepararé el montón de leña. Podéis venir a ayudarme si queréis.

El fantoche parecía mirarlos y sonreírles mientras hablaban.

—¡Es una pena que este muñeco no pueda ir a vigilar el café de Sid! —dijo Jack—. Nadie sospecharía de él. Podría estar toda la noche de guardia.

Todos se echaron a reír. De pronto, Peter se puso serio y miró fijamente al

muñeco. Se le acababa de ocurrir una idea verdaderamente fantástica.

—¡Viva! ¡Viva! —exclamó, arrojándose sobre Colín, que dio un salto, tal fue su sorpresa—. ¡Me habéis dado una idea! ¿Qué os parece si yo me disfrazara de «guy» y me pusiera una máscara con agujeros en los ojos para poder ver, y uno de vosotros me llevara frente al café de Sid? Se ven muñecos a montones por estas fechas, y a nadie se le ocurriría pensar que el nuestro era una persona. Así podría estar vigilando durante horas enteras sin que nadie sospechara.

Todos lanzaron una exclamación y miraron a Peter, admirados.

Colín le dio unas palmaditas en la espalda.

—Es una idea digna de un mago —dijo—. ¡Impresionante! ¡Fenomenal! ¿Cuándo lo haremos?

—Mañana —dijo Peter—. Vendré aquí corriendo, me disfrazaré y uno de vosotros me llevará en la carretilla. Podéis venir todos si queréis. ¡Vaya aventura!

—Pero a mi madre no le hace gracia eso de que los chicos lleven fantoches de un lado a otro y pidan dinero a la gente —dijo Colín—. Eso de pedir no le parece bien.



—También piensa así mi madre —dijo Peter—. Pero si nos dan dinero, en lugar de emplearlo en comprar fuegos artificiales, lo podríamos dar al asilo de huérfanos o al de ancianos.

—¡Ah, bueno! ¡Así todo cambia! —dijo Colín—. Has tenido una gran idea.

—Si ves a ese tipo entrar en el café de Sid —dijo Jack—, procura tener calma y no levantarte de un salto.

—¡Me quedaré tan quieto como un verdadero «guy»! —dijo Peter sonriendo—. Bueno, adiós; mañana nos veremos en el colegio.

## El extraño «guy»

Peter se fue a su casa como un rayo y le explicó a Janet su plan. Ella recibió tal impresión, que le fue imposible articular palabra. ¡Qué idea tan genial! Miró a su hermano llena de admiración. Verdaderamente, era un jefe digno del Siete Secretos.

Scamper lanzó fuertes ladridos, como si dijera: «¡Fenomenal, Peter! ¡Es una idea magnífica!».

—Yo también tengo algo que decirte —dijo Janet, acordándose de ello de pronto—. Miré la gabardina de papá y sí que le falta un botón, pero es uno pequeño de la manga, no grande como el que encontramos. Y tampoco es del mismo color.

—¡Bien! ¡Eso quiere decir que probablemente fue un botón lo que se le cayó a aquel hombre! —dijo Peter—. ¡Jack se encargará del botón, Janet! ¡Que investigue sobre esa pista, si puede! Dámelo y se lo entregaré mañana.

—Me gustaría poder averiguar lo de L 8061 —dijo Janet—. Estoy casi segura de que es el teléfono de alguien, pero como no sabemos a qué central pertenece, no podemos hacer gran cosa.

—Mamá me llama —dijo Peter—. ¡Apuesto lo que quieras a que va a decirme que haga los deberes!

Efectivamente, eso le dijo. Al pobre Peter le resultó muy difícil hacer los problemas de matemáticas mientras daba vueltas en su cabeza al proyecto de disfrazarse de «guy».

Los siete secretos estaban entusiasmados ante el nuevo plan de Peter, y a la tarde siguiente se fueron a casa de Colín para verle disfrazarse. ¡Su aspecto no podía ser más gracioso!

Llevaba el traje viejo de Colín. Le quedaba bastante estrecho, pero eso no importaba. Calzaba un par de botas enormes que habían pertenecido al padre de Colín. Llevaba una bufanda de un rojo chillón en el cuello, la peluca de lana negra y una enorme y llamativa visera.

—¡Estás espantoso! —dijo Janet, echándose a reír—. Ahora ponte la máscara.

Peter se la puso e inmediatamente quedó transformado en un «guy» sonriente, semejante a los muchos que se veían ya por las calles. Scamper miró a Peter, tan repentinamente transformado, y se echó hacia atrás gruñendo.

—No te asustes, Scamper —dijo Peter, riendo—. ¡Soy yo! No tengas miedo.

—¡Tienes una pinta horrible, Peter! —dijo Pamela—. Me da miedo mirarte, a pesar de que sé que eres tú. ¡Nadie sospechará que eres un chico de veras!

Peter montó en la carretilla.

—¡Uf, qué duro e incómodo está esto! —dijo—. ¿No tienes algunos cojines viejos, Colín?

Colín consiguió una vieja manta y tres cojines, bastante sucios por cierto. Aquello dio comodidad a la carretilla. Peter se dejó caer en los cojines y empezó a tambalearse con la flojedad desmadejada propia de los fantoches. ¡Parecía

verdaderamente un muñeco!

Todos sus compañeros rieron estrepitosamente al verle balancearse de aquel modo.

—Vámonos —dijo Colín—. Si no nos vamos ya, no llegaremos a tiempo. Las chicas os tenéis que quedar: el café de Sid no es sitio para vosotras.

Los tres chicos se pusieron en marcha, turnándose en las varas de la carretilla donde iba Peter. Él no dejaba de proferir horribles gruñidos y lamentos, y Jack se reía de tal forma, que tuvo que sentarse junto a una parada de autobús, sujetándose los costados.

Una señora anciana miró al fantoche.

—¡Qué bien hecho está! —dijo mientras hurgaba en su monedero—. Os daré dinero para comprar cohetes.

—¡No compraremos cohetes! Todo el dinero que recojamos será para obras de caridad —explicó inmediatamente Colín.

La señora le dio un chelín y, cuando llegó el autobús, subió a él y les dijo adiós con la mano.

—¡Qué simpática! —dijo Jorge—. ¡Un chelín! Ya tienen algo los niños huérfanos.

Siguieron calle abajo. Peter se divertía de lo lindo. Cabeceaba desmadejado, observándolo todo a través de los ojos vacíos de la máscara, y decía con una voz cavernosa las mayores tonterías. Sus amigos se desternillaban de risa.



Al fin llegaron al café de Sid. Dejaron la carretilla en un recoveco cercano a la puerta, desde donde Peter podía ver a todo el que entraba y salía.

Los otros tres chicos se quedaron cerca de él para ver si reconocía a alguno de los que pasaban. Si era así, haría una señal y dos de los siete seguirían a quien fuera si salía del café, para ver adónde iba. Si entraba en el café, esperarían a que saliera.

A todos los que entraban en el café, y lo mismo a los que salían, les hacía gracia el muñeco. Uno le golpeó con su bastón, dando a Peter un susto tremendo.

—Habéis hecho un «guy» muy gracioso —dijo, y lanzó una moneda de seis peniques al estómago de Peter.

—¡Colín! ¡Jack! No consintáis que la gente me maltrate —dijo Peter en un furioso susurro. Este bruto me ha hecho daño.

—No lo podemos evitar —dijo Colín, también en voz baja.

Todo fue bastante bien hasta que los chicos que pasaban por allí se fijaron en el fantoche de la carretilla.

—¡Vaya «guy» estupendo! —dijo uno de ellos—. ¡Y qué par de botas tan magníficas lleva! Yo se las quito.

Peter, horrorizado, vio que el chico empezaba a tirarle de las botas con violencia. Lanzó un grito y los dos chicos se quedaron pasmados. Luego desaparecieron a todo correr.

—¿No podéis cuidarme mejor? —dijo Peter a sus amigos—. Levantadme un

poco, que esos brutos me han echado hacia abajo.

Colín y Jorge lo levantaron, colocándole en una postura más cómoda.

—Has ganado mucho dinero —le dijo Jorge al oído—. La gente dice que eres una obra de arte, y nos han dado gran cantidad de peniques sueltos y monedas de seis.

Peter gruñó. Estaba enojado con ellos. ¿Por qué no le defendían de los empujones, golpes y sacudidas? De pronto vio a alguien y se quedó petrificado. Con toda seguridad, aquél era uno de los individuos que cogieron el coche de su padre. Peter lo observó con toda atención. ¿No se equivocaría? ¿Por qué no se acercaría un poco para que pudiera verle mejor?



## Los dos individuos misteriosos

El desconocido se detuvo junto a la ventana del café como si esperase a alguien. Llevaba boina y tenía el pelo bastante largo. Peter no cesaba de mirarle.

«El individuo que conducía el coche llevaba un sombrero de ala hacia abajo — pensó— y tenía el pelo largo. Este tipo lleva boina, pero es igual que el hombre del auto. Su pelo es exactamente igual y le llega hasta el cuello del abrigo».

El hombre se acercó un poco a la carretilla y tosió con impaciencia. Sacó del bolsillo un paquete de cigarrillos y se llevó uno a la boca. Se volvió de espaldas al viento para encenderlo y quedó de cara a Peter. Entonces el falso muñeco pudo darse cuenta de que efectivamente era aquél el individuo que buscaban.

«¡Le falta la parte superior del dedo de en medio! —pensó—. Lo he visto claramente a la luz de la cerilla cuando ha encendido el cigarrillo. ¡Tiene que ser él! A lo mejor, está esperando al otro que subió con él al coche».

Aún no había terminado de decir esto, cuando apareció el segundo hombre. No había equivocación posible ante su gorra y su pelo cortado al rape, que ahora había crecido un poco.

Llevaba la gorra echada sobre la cara, exactamente como en el coche. Vestía una gabardina muy usada, y Peter intentó ver si le faltaba un botón.

Los dos hombres se saludaron y entraron en el café. Atravesaron todo el local y desaparecieron por una puerta del fondo.

—¡Colín! ¡Jorge! ¡Jack! ¡Ésos son! —les dijo Peter en voz baja y muy excitado—. A uno de ellos le falta un dedo. Lo vi.



—¡Y al otro le falta un botón en la gabardina! —dijo Jack—. Me di cuenta de ello aun sin saber que era uno de los hombres que buscamos. Como lo del botón es cosa mía miro a todos los que pasan con gabardina. Creo que el botón que encontrasteis es igual que los de su gabardina.

—¡Buen trabajo! —dijo Peter—, ahora escuchad. El siguiente paso es de gran importancia. Dos de vosotros tenéis que seguir a esos hombres. Si se separan, vosotros os separaréis también. Tú, Colín, llévame a casa.

—De acuerdo —dijeron los tres a un tiempo, siempre dispuestos a obedecer las órdenes del jefe. Consideraban que Peter era estupendo dirigiendo.

—Seguid a esos hombres tan de cerca como os sea posible, y a ver si oís algo que nos pueda ser útil —dijo Peter—. Si podéis, seguidlos hasta sus casas. Y tan pronto como podáis, venid a nuestro cobertizo para comunicármelo.

—De acuerdo —dijeron Jorge y Jack, sintiéndose detectives de primer orden.

Los dos hombres ya no estaban en el café Sid. A los diez minutos de entrar habían salido, dando muestras de contrariedad, y se habían quedado en el quicio de la puerta sin tener en cuenta para nada al fantoche ni a los chicos.

—Sid nos ha fallado —dijo el hombre al que faltaba un dedo—. Dijo que nos iba a dar doscientos y ha bajado a cincuenta. Tendremos que volver a casa de L. Se pondrá hecho una fiera.



Los chicos aguzaron el oído y no perdieron ni una sílaba, mientras disimulaban arreglando el muñeco de mentiras.

—No pienso volver a discutir con Sid —dijo el del pelo corto—. Reconozco que he sido un idiota al salir de mi escondite antes de que me crezca el pelo. Bueno, vámonos.

Se fueron calle abajo. Jorge y Jack les siguieron, dejando a Colín con Peter.

—¿Has oído? —dijo Peter muy agitado y olvidándose de que era un fantoche—. Han robado algo que le quieren vender a Sid, y éste, por lo visto, no está dispuesto a pagarles lo que les prometió. Van a volver a casa de L para contárselo. Este L debe de ser el jefe. Por lo menos, ya sabemos que L es un hombre.

—¿Has oído lo que ha dicho el del pelo corto acerca de dejárselo crecer? —dijo Colín, inclinándose sobre Peter—. Apuesto cualquier cosa a que acaba de salir de la cárcel. A los presos les afeitan la cabeza. O quizá se haya fugado de la prisión y pretenda desorientar a la policía. ¡Caramba, Peter! ¡Esto se ha puesto formidable!

—Llévame a nuestro cobertizo —ordenó Peter, que estaba deseando poder levantarse y andar—. Date prisa. Las chicas ya estarán allí, y Jorge y Jack se reunirán con nosotros tan pronto como les sea posible. ¡Corre!

Poco después, Peter decía a Colín:

—Estamos en una calle muy oscura. Para un momento, Colín, que voy a andar un poco.

Colín se detuvo y Peter se dispuso a apearse. Colín le hizo luz con su linterna y un anciano, al que acompañaba un perro, vio que un fantoche bajaba de una carretilla. Se quedó pasmado. No podía dar crédito a sus ojos. Luego huyó tan de prisa como pudo... ¡Santo cielo! ¡Un «guy» vivo! ¡No era posible!... Seguro que sus ojos le habían engañado.

No mucho después, Peter y Colín decían la contraseña ante el cobertizo del jardín de Peter. Dejaron la carretilla entre unos arbustos y Peter se quitó la careta.

—¡Fuegos artificiales! —Dijeron los chicos, y la puerta se abrió inmediatamente.

Pamela dio un grito al ver a Peter, que todavía tenía un aspecto rarísimo con la visera, la peluca de lana negra y aquel traje de Colín, que tan justo le venía.

—¡Traemos novedades! —dijo Peter—. ¡Grandes noticias! ¡Escuchad todos!

## ¡Buen trabajo!

Peter contó a las chicas rápidamente lo que había sucedido, y ellas escucharon en silencio, profundamente emocionadas. ¡Ahora sí que estaban a punto de descubrir algo! ¡Hasta el botón les había sido útil!

—Creo que el del pelo corto o ha salido de la cárcel o se ha escapado de ella, una de dos —dijo Peter—. Quizá haya cometido un robo antes de que lo atraparan, tenga escondido en algún sitio lo que robó, y sea eso lo que él y el otro hombre intentan vender a Sid.

—Entonces ¿quién es L? —preguntó Janet.

—Seguramente es el que se encarga de guardar los artículos robados —dijo Peter después de reflexionar—. Y supongo que también tiene en su casa al ladrón. ¡Si pudiéramos averiguar quién es L y dónde vive!... Es el único eslabón que falta.

Los cinco niños hablaron largamente y Scamper les escuchaba, interviniendo de vez en cuando con unos cuantos resoplidos y golpeando el suelo con el rabo cuando levantaban demasiado la voz.

—¿Cuándo vendrán Jorge y Jack? —preguntó Pamela—. No quiero llegar tarde a casa y ya son las seis y cuarto.

—¡Aquí están! —dijo Colín, al oír voces que llegaban de fuera.

Se oyó un golpe en la puerta.

—¡Contraseña! —Gritaron los de dentro.

—¡Fuegos artificiales! —Dijeron dos voces, y entraron Jorge y Jack, cuyas caras demostraban lo felices que se sentían al poder guarecerse en la fría noche de noviembre.

—¿Qué hay? ¿Los habéis perseguido? —les preguntó Peter cuando se sentaron sobre los cajones.

—Sí —dijo Jorge—. Los seguimos calle abajo, luego a lo largo del canal y después por la plaza Core. Sólo una vez nos acercamos lo bastante para poder oír lo que decían.

—¿Y qué decían? —preguntó Peter.

—Uno de ellos —respondió Jorge— dijo: «Creo que hay allí un policía esperándonos. ¡Pronto! ¡Huyamos!». Y justamente cuando un policía salió de la oscuridad, ellos doblaron la esquina corriendo, sin que el policía se diera cuenta. Salimos disparados detrás de ellos y vimos que forcejeaban en las portezuelas de unos coches allí aparcados.

—Al fin, subieron en uno de los coches y se marcharon —terminó Jack—. Y así terminó nuestra persecución.

—¿O sea que han robado otro coche? —dijo Colín.

—¡A que no se os ha ocurrido anotar la matrícula! —dijo Peter.



—¡A que sí! —dijo Jack, sacando su agenda—. Aquí está. PLK 100. No fuimos a decírselo al policía. Creímos que sería mejor venir a contártelo a ti para que tú decidas lo que se deba hacer.

—¡Buen trabajo! —dijo una vez más Peter, encantado—. Si supiéramos dónde vive L, sabríamos dónde están esos hombres, y podríamos decírselo a la policía para que fuera a atraparlos. Así se recuperaría lo robado. ¡Apuesto lo que queráis a que lo tiene escondido nuestro misterioso señor L!

—¡Ya sé lo que hay que hacer! —gritó Pamela de pronto, dando un gran susto a todos sus compañeros—. ¡Miremos todos los nombres que empiecen con L en la guía de teléfonos! Si L vive por aquí, su nombre y su teléfono figurarán en el listín.

—Sí, pero habrá muchos apellidos que empiezan por L, y ¿cómo sabríamos cuál es el que buscamos? —objetó Janet—. Nosotros, sin ir más lejos, conocemos a una señora llamada Leen, y al señor Linley, y a Lorn.

—¡No comprendéis nada! —dijo Pamela, impaciente—. Miramos todos los nombres que empiezan por L y el que tenga el número 8061 será nuestro L. ¿Comprendéis?

Sí, todos comprendieron en seguida.

Peter miró a Pamela, admirado.

—Has tenido una idea estupenda, Pamela —dijo—. A veces he pensado que eras inferior a los demás miembros del Siete Secretos, pero ahora puedo afirmar que estás

a su altura. Has tenido una gran idea. ¿Cómo no se nos habrá ocurrido antes? ¡Lástima de tiempo que hemos perdido!

—Voy a buscar el listín de teléfonos —dijo Janet, y salió disparada.

Pronto estuvo de vuelta, dio la contraseña y entró de nuevo. Abrió el tomo por la L y todos se apiñaron para leer.

No había muchos.

—Lant —leyó Pamela—, número de teléfono 6015. Leen, 6453. Lelling, 4322. Lentin, 8061... ¡8061! ¡Aquí está! ¡Mirad! Lentin, 8061, Barr, Almacén. East End... ¡Esto está sólo a dos millas de aquí, en el otro extremo de la población!

—¡Magnífico! —exclamó Peter, entusiasmado—, hemos averiguado lo que queríamos. ¡Un almacén! ¡No hay sitio mejor para esconder cosas robadas! Hemos realizado un trabajo estupendo. Pamela, te mereces unas palmaditas en la espalda.

La chica recibió gran número de palmaditas de felicitación, y se sentó radiante.

—¿Qué hacemos ahora? —preguntó.

Antes de que nadie pudiera contestar a su pregunta, se oyó ruido de pasos en el sendero, y luego la voz de la madre de Peter que decía:

—¡Peter! ¡Janet! ¿Están ahí Colín y Jorge y Pamela? Sus madres acaban de telefonar, diciendo que vuelvan a casa en seguida, pues es muy tarde.

—¡Está bien, mamá! —contestó Peter—. Esperanos. ¡Tenemos que contarte una historia preciosa! ¡Espera!

Pero su madre se había ido a toda prisa, huyendo del anochecer frío y húmedo. Los siete niños se lanzaron tras ella, en compañía de Scamper, que ladraba como un loco.



Cuando iban a entrar en la casa por la puerta trasera, oyeron una llamada en la puerta principal.

—¡Mira a ver quién es, Peter! —le gritó su madre—. Yo he de echar un vistazo al pastel que tengo en el horno.

Peter se dirigió a la puerta principal, llevando a los demás tras él. Era un robusto

policía, que sonrió a los sorprendidos muchachos.

—Vengo de casa de este chico —dijo, señalando a Jack—, y la señorita Sussy me ha dicho que su hermano debía de estar aquí. Ayer por la noche os vi en la plaza de Core a ti y a este otro muchacho. Poco después, un señor me dijo que le habían robado el coche cerca de donde estabais vosotros, y quería preguntaros si visteis algo sospechoso.

—¡Oh, pase, pase! —gritó alegremente Peter—. Le podremos decir muchas cosas sobre los ladrones. Hasta le podremos informar del lugar donde probablemente estará el auto. ¡Entre, por favor!



## ¡No os preocupéis, siete secretos!

El policía entró en el vestíbulo, profundamente sorprendido. La madre de Peter salió de la cocina, y el padre asomó la cabeza desde el despacho.

—¿Qué significa esto? —exclamó—. ¿Es que os habéis metido en algún lío?

—No —repuso Peter—. ¡Oye, papá! Tienes que escuchar nuestro relato. Es estupendo.

Todos entraron en el despacho. El policía se sentía cada vez más curioso.

—Creo que encontrará usted el coche robado frente al almacén de Barr, en el East End —dijo Peter—. Y dentro del almacén hallará usted, sin duda, a un tal señor Lentin, y gran cantidad de cosas robadas.

—Sí, encontrará usted allí a un hombre al que le falta un dedo, y a otro que lleva el pelo tan corto que parece un preso —apuntó Colín.

—¡Esperad, esperad un momento! ¿Qué significa eso de un hombre al que le falta un dedo? —dijo vivamente interesado el policía—. Andamos en su busca. Le llaman «El Dedos» y es amigo de un ladrón que se ha escapado de la cárcel. Se evadió la semana pasada, y nosotros pensamos que era muy posible que hubiera ido a pedir ayuda a «El Dedos». Por eso procuramos no perderle de vista.



—Se reunieron los dos en el café de Sid —dijo Peter, muy divertido ante la cara de asombro que puso el policía.

—¿Qué decís? —exclamó el padre de Peter—. ¿El café de Sid? ¿Habréis sido capaces de ir a ese cafetucho sólo visitado por gentuza?

—Pero no entramos: nos quedamos fuera —dijo Peter—. No te preocupes, papá, que no hemos hecho nada malo... Todo empezó aquella noche que nos quedamos Janet y yo en el coche que dejaste en el patio de la estación. Entonces dos hombres subieron al auto y se lo llevaron lejos de allí.

—Nosotros queríamos que denunciaras a la policía lo sucedido, pero tú dijiste que no pensabas hacerlo —dijo Janet—. Por eso nos hemos dedicado nosotros a buscar a los dos hombres, y los hemos encontrado.

Después contaron toda la historia, explicando cómo encontraron el café de Sid;



que Peter se disfrazó de fantoche para poder vigilar la entrada del cafetucho; que vieron a «El Dedos» y observaron que en su mano derecha faltaba el dedo de en medio, y que Jorge y Jack siguieron a los dos hombres y les vieron robar un coche cerca de la plaza de Core.

—Y sabemos dónde han ido, porque tienen un amigo llamado Lentin —añadió Peter—. Mencionaron su número de teléfono, el 8061, y nosotros buscamos este número en el listín y así nos enteramos de la dirección. Esto ha sucedido hace un momento. La dirección es, como ya hemos dicho, el almacén de Barr.

—¡Asombroso! —dijo el policía, tomando notas en su cuaderno—. ¡Increíble! ¿Hacen estos chicos cosas así muy a menudo, señor?

—Ya se ve que usted vive aquí desde hace poco —dijo el padre de Peter—. De lo contrario, sabría que se dedican a meter las narices en todas partes. No me hace mucha gracia, pero, dicho sea en honor a la verdad, han prestado algunos servicios excelentes.

—Somos el Club de los Siete Secretos, ¿sabe usted? —explicó Janet—. Y nos gusta muchísimo investigar y correr aventuras.

—Bueno, pues muchísimas gracias —dijo el policía, levantándose—. Voy a dar cuenta de todo al sargento, y le pediré que me acompañe con algunos hombres para ver qué encontramos en el almacén de Barr. Que os divertáis mucho mañana celebrando la Noche de las Hogueras. Supongo que tendréis una estupenda colección de cohetes. Os merecéis lo mejor.

—Pues la verdad es que tendremos muy pocos —dijo Peter—. Habíamos reunido un montón, pero se nos quemaron el sábado pasado. Fue horrible. Un accidente desgraciado.

—¡Qué mala suerte! —dijo el policía, dirigiéndose a la puerta—. Os estoy muy agradecido. Buenas noches, señora. Buenas noches, señor.

—¡Hay que ver! —dijo la madre de Peter—. ¡Y yo sin enterarme de nada! ¡Pensar que te disfrazaste de fantoche y estuviste vigilando el café de Sid! No es extraño que tengas un aspecto tan horrible. ¡Quítate esa peluca!

—Mamá, ¿no podrían quedarse a comer con nosotros nuestros amigos? —suplicó Peter—. ¡Tenemos tanto que hablar! Nos arreglaremos con emparedados y te ayudaremos a hacerlos.

—Concedido —dijo la madre, riéndose al ver la ansiedad con que todos le miraban—. Janet, ve a telefonar a las madres de tus amigos para que sepan que cenan aquí.



Los siete se sentían felices. Un cuarto de hora después, estaban sentados a la mesa, comiendo emparedados de carne en conserva, galletas de harina de avena y manzanas, y bebiendo cacao caliente, sin cesar de hablar, mientras Scamper corría excitadísimo entre sus piernas, por debajo de la mesa.

«¡Qué fiesta tan inesperada! —Pensaba Scamper, encantado—. ¡Y qué variedad de manjares!».

De pronto, sonó el teléfono, y Peter fue a contestar. La llamada resultó interesantísima. Volvió corriendo a la mesa.

—¡Era el policía! Seguro de que nos gustaría saber lo ocurrido, me lo ha explicado todo.

—¿Qué ha pasado? ¡Cuenta! —Gritaron todos.

—Pues han ido al almacén de Barr y lo primero que han visto ha sido el coche robado, que estaba en el patio. Después han forzado la puerta trasera y han encontrado al señor Lentin, en su despacho, asustadísimo. Cuando le han dicho que sabían que «El Dedos» y el fugitivo estaban escondidos en el almacén, se ha desplomado.

—¿Han cogido a los otros? —preguntó Colín.

—Sí. Lentin ha dicho a la policía que estaban en los sótanos, y allí les han echado el guante. También han encontrado una porción de cosas robadas. Ha sido una buena redada... Luego el policía me ha preguntado si podíamos identificar al otro hombre, el del pelo corto, y yo le he dicho que sí. Después le he explicado que lleva una gabardina a la que le falta un botón y que ese botón lo tenemos nosotros.

—¡Oh! —dijo Bárbara—. Nos olvidamos de hablar del botón al policía. ¿Dónde está?

—Aquí —dijo Jack, lanzándolo sobre la mesa—. ¡Bien por ti, botón! ¡También tú has hecho tu trabajito! Creo que ésta es la aventura más emocionante que ha tenido el Siete Secretos. Siento que se haya terminado.

Todos lo sentían. Además, se resistían a dar por terminada aquella apasionante reunión. Pero, al fin, no tuvieron más remedio que despedirse.

—Sólo hay un lunar en nuestra aventura —dijo Peter a Janet, al cerrar la puerta tras sus amigos—, y es el que se hayan quemado nuestros fuegos artificiales. ¡Y pensar que mañana es la Noche de las Hogueras! ¡Qué lástima!



No os preocupéis, siete secretos. Vuestro amigo el policía se ha puesto en camino con un paquete para vosotros. ¿Qué hay en él? No os lo podéis figurar.

Es un premio de la policía por vuestros magníficos servicios. Doscientos estupendos cohetes de todas clases. Cuando los veáis, no podréis dar crédito a vuestros ojos.

¡Bum!... ¡Fizzzz!... ¡Paf!... ¡¡Booom!!... Un final digno de una aventura tan emocionante...



ENID BLYTON (1897-1968). Nació en Dulwich, localidad al sur de Londres, Inglaterra. Tuvo dos hermanos. Sin duda ha sido la autora de libros infantiles y juveniles más leída del mundo entero.

Desde pequeña le gustaba mucho leer. Entre sus libros favoritos se cuentan Alicia en el país de las maravillas y Alicia a través del espejo de Lewis Carroll. Leía todos los libros de cuentos y leyendas que caían en sus manos. Según nos cuenta ella misma en un libro sobre su vida, se leyó dos veces de cabo a rabo una enciclopedia infantil que la animó a leer más y más. Y también le gustaba la poesía.

Después de iniciarse en los estudios de medicina, los abandonó para estudiar magisterio movida por una fuerte inclinación hacia la juventud. Cuando era maestra lo que más le gustaba era explicar cuentos.

En 1924 se casó y tuvo dos hijas, Gillian e Imogen. Aunque tanto Gillian como Imogen ya son mayores, todavía recuerdan como su madre escribía una historia detrás de otra con la máquina de escribir encima de sus rodillas; en el jardín cuando el tiempo era bueno y junto al fuego durante el invierno.

La casa donde vivió con su familia se llamaba Green Hedges, que significa Setos Verdes y tenía un precioso jardín, no muy grande, pero que rodeaba la casa. Habían allí muchas flores, abetos, un viejo avellano y otros árboles. También tenía un estanque con peces dorados. A Enid Blyton, como a la mayoría de los ingleses le encantaba cuidar de su jardín.

Le gustaban mucho los animales. Cuando era pequeña sus padres no la dejaban tener animales en casa, pero cuando fue mayor y tuvo su casa y su jardín, tuvo toda clase de animales: perros, muchos gatos, peces que la conocían y venían a comer de su mano, y erizos. A lo largo de su vida tuvo varios perros: Dos fox terrier llamados Bobs y Topsi, y dos perritas cocker spaniel, la primera se llamaba Lassie y la segunda Laddie. No los tuvo todos a la vez, claro sino de uno en uno, pues desgraciadamente la vida de los perros es más corta que la de las personas.

Desde pequeña, Enid Blyton quiso ser escritora y empezó a escribir muy pronto, y nunca dejó de hacerlo, pero tuvieron que pasar muchos años antes de que pudiera publicar su primer libro. Escribió unas setecientas obras llenas de acción y suspense entre los años 1915 y 1968. Sólo en los diez últimos años se vendieron en el mundo más de cien millones de ejemplares de sus libros. Enid Blyton es su verdadero nombre y la reproducción de su firma aparece en muchos de sus libros.

# Notas

[1] Guy Fawkes, soldado que en el reinado de Jaime I fue encargado por los enemigos del rey de volar con dinamita el Parlamento. El complot se descubrió a tiempo, hecho que se conmemora en Inglaterra la noche del 5 de noviembre con hogueras y fuegos artificiales. (N. de la T.) <<

[2] Fantoche que se quema la Noche de las Hogueras en memoria de Guy Fawkes. (Nota de la T.) <<